



El hijo del jefe

Sierra Rose



El hijo del jefe

Sierra Rose

Traducido por Marta Correa Bonito

"El hijo del jefe"

Escrito por Sierra Rose
Copyright © 2016 Sierra Rose
Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com

Traducido por Marta Correa Bonito

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de
Babelcube Inc.

Capítulo 1

Britt Collier estaba, peligrosamente, a punto de volverse loca. Ella era la única contable contratada actualmente, y aunque no le importaba contestar preguntas relevantes, no necesitaba a su adulator jefe apoyado sobre su escritorio. Obviamente estaba estirando el cuello para conseguir ver algo debajo de la blusa. Como esta táctica le era familiar, ella llevaba la blusa abrochada hasta arriba y un chaleco de punto sobre ella, para que incluso en caso de un catastrófico accidente con los botones, ella estuviera aún protegida de sus ojos fisgones. Si la pequeña empresa tuviera un departamento de Recursos Humanos, habría presentado una queja por acoso sexual. Tal y como estaba, la gerente de contratación era también la asistente del COO, así que tampoco sería novedad para ella. El COO, también llamado director general de operaciones, es un puesto en lo más alto del ranquin de puestos ejecutivos en una organización. Quizá algún día ella también alcanzaría lo más alto de la escalera corporativa. Una chica siempre puede alcanzar el cielo, ¿no? De hecho, Britt estaba bastante convencida de que la asistente había conseguido ese doble título gracias a una entrevista horizontal con el Señor Freeman en persona.

A Britt le habría gustado imaginarse a sí misma como una mujer sensata, una feminista que no era prisionera de nadie. Sin embargo, se desplomó sobre su escritorio sin decir nada mientras el señor Freeman se acercaba a ella señalando a su monitor. Él no podía dejar de mirarle el pecho. Ella se apartó del escritorio deslizándose con su silla de oficina con ruedas.

–Es suficiente –dijo.

– ¿Disculpe, señorita Collier? –dijo él alzando las cejas.

–Expliqué todo esto en mi correo electrónico. Así que si no le importa, tengo cuentas de gastos que actualizar.

–Por supuesto. Sé lo ocupada que está.

–Si me disculpa.

Él sonrió.

Ella salió de su pequeño cubículo y fue al baño de chicas, simplemente para estar lejos de él.

Desearía poder haberle dicho algo más astuto e inteligente, algo que humillara sus intentos de rozarse con sus pechos igual que eso la humillaba a ella. Para sentirse mejor, miró la fecha en su teléfono. Seis días más, se dijo a sí misma asintiendo. Britt consiguió acabar la última hora de trabajo rápidamente comprobando hojas de cálculos y tachando tareas de su lista de cosas por hacer. Acabó todo diez minutos antes de las cinco, con tiempo suficiente para ordenar su escritorio y hacer su lista de tareas para el día de trabajo de mañana. En cuanto la manecilla de los minutos llegó al doce, se levantó, bolso en mano.

Bajó en el ascensor desde el undécimo piso, donde se encontraba la Consultoría Creativa, y llegó al vestíbulo justo cuando Marjorie, su mejor amiga, salía de las escaleras. Marj estaba entrenando para una media maratón y opinaba que los ascensores la debilitarían. Se dirigieron por acuerdo mutuo hacia Joe's Java la cafetería a la vuelta de la esquina de la oficina. Tuvieron su habitual quedada de los jueves para el café de después del trabajo.

Sentadas en un reservado al lado de la ventana, Britt dio un sorbo a su café con caramelo y suspiró aliviada. Se estaba tranquilo allí, pero no el tipo de tranquilidad que tenía ella en la oficina, con ese molesto zumbido de las luces fluorescentes sobre su cabeza y ese expectante silencio como el de un tiburón en el agua mientras ella se esforzaba por escuchar si Freeman se acercaba. En realidad, no era un tiburón, razonó ella, era más bien como un pulpo con todos esos brazos y manos. Marjorie se pidió algo con soja y proteína en polvo que tenía un aspecto verdoso.

–Eso parece pintura. Pintura fea. Como la de la sala de espera del médico.

–Gracias. Pero está bueno. Agua de coco y repollo con polvo de proteína...

–Suena como al paraíso –gimió Britt.

–No, el paraíso sería tres semanas en Bali con Ryan Gosling.

– ¿Aún con Ryan Gosling? ¿Podemos pasar página, por favor?

–Jamás. Yo soy muy fiel.

– ¿Con cuántos chicos has quedado este mes, señorita Fiel? – dijo Britt de broma.

–Eso es quedar. Ryan Gosling y yo, eso es amor verdadero.

– ¿Sabe él algo de todo esto?

–No, es mejor así. No quiero quitarle la ilusión.

–Oh, qué generoso por tu parte. Freeman estuvo en mi oficina esta tarde señalando a mi monitor.

–Uh. ¿Tiró algún boli para así echarle un vistazo a tu falda?

–Llevo pantalones por algo.

–Así que se fue directamente a por las tetas. Te escucho... –dijo Marj con arrepentimiento. –En una semana estará jubilado y haciéndose un hueco entre jugadores de bingo sin suerte en la residencia de ancianos.

– ¿Tiene pinta de que le guste el bingo?

–No, tiene pinta de que pasará el rato en clubs de strippers e insistirá en cambiar los tangas.

–Eh, sí. Pero bueno, al menos no le tendremos respirando detrás de nuestros cuellos.

–Querrás decir respirando profundamente detrás de nuestros cuellos. Es tan perverso.

–Créeme que no pienso echar una sola lágrima cuando se vaya, pero, ¿y si el que viene es incluso más mamón?

– ¿Pero eso es posible? Quiero decir, Hitler está muerto, ¿no?

–Sí, pero hay un montón de cerdos machistas en el mundo en puestos de altos directivos. Les gustan los puestos de autoridad cuando no están tomando el sol en una cómoda roca.

–Cierto. Bueno, déjame ver las casas.

–Apartamentos. He encontrado propiedades de entre las que elegir. Estoy deseando enseñárselos a Kevin esta noche.

–Seis meses es mucho tiempo. ¿Dónde lo vais a celebrar?

–Acaban de reabrir Tamarind después de remodelarlo. Nos morimos de ganas de probarlo. –Britt dijo emocionada –Me he

comprado un vestido y todo.

– ¿Has ido de compras? Debes de estar emocionadísima.

–Bueno, nos mudamos juntos después de todos estos meses. Estoy deseándolo. Ya no veré más capítulos de *Esta Casa es una Ruina* porque estoy sola y aburrida. Estaremos juntos y realmente empezaremos nuestra vida. Yo quería coger algún sitio que pudiéramos arreglar juntos, hacerlo nuestro, pero a Kevin no le va mucho lo de hacerlo nosotros mismos.

– ¿Hacerlo vosotros mismos? A ti eso tampoco te va.

–Seamos justos, no, no tengo muchas habilidades para arreglar cosas en casa, pero me gustaría aprender. He visto algún tutorial de cómo lijar y pintar un banco del mercadillo y me gustaría probar.

– ¿Ves vídeos de bancos? Cielo, necesitas hacer algo mejor.

– ¿Qué me sugieres que haga?

–Encuentra algún vídeo chulo en el que salga Ryan Gosling.

–Estás imposible –dijo Britt moviendo la cabeza mientras se acababa el café.

–Me gusta este primero.

–A mí también pero creo que la cocina es demasiado pequeña. ¿Y si tengo que preparar una lasaña o algo? No hay espacio suficiente en la encimera.

– ¿Y qué probabilidad hay de que tengas que preparar una lasaña? ¿Cuenta sacar una del congelador como prepararla?

–No, he estado viendo estos programas de cocina y...

–Tienes los mejores canales. Estás viendo lasañas y bancos y piensas hacerlos. Hay mucho más ahí fuera. Películas, series de zombis y mucho más.

–Me quedo con la cocina. Te dejo los zombis a ti.

–Gracias. ¿Qué tal el tercero?

–Es mi favorito. Tiene un jardín en la azotea. Podríamos tener una de esas mesas con sombrilla, comer aperitivos ahí y ver el atardecer.

–Si ese es tu sueño, a por él.

– ¿Qué?

–Es solo que Kevin no parece de los que les gustan los aperitivos y el atardecer, a menos que esté jugando con el móvil a ese sueño. Tiene un serio problema de adicción al móvil.

–Lo dice la que considera a Siri su mejor amiga.

– ¡Ella lo sabe todo! Además, sabes que nunca podrá reemplazarte.

–Creo que tengo ya la escena, quizá alguna maceta con flores y hierbas, una botella de vino blanco fría, naranjas rojas frescas...

– ¿Esto es un sueño con Kevin o un sueño de una casa de revista de la Toscana?

–Esta es mi casa ideal, ¿vale? Déjame tenerla. Esta puede que sea mi última oportunidad para pensar en esto. Él puede que odie la idea de tener un jardín en la azotea.

–Solo si tiene que subir escaleras o dejar su teléfono. En serio, no sé si lo has pensado suficiente.

¿De verdad quieres vivir con alguien así?

–De verdad que es perfecto. Se acuerda de mi cumpleaños y siempre me llama si llego tarde.

¿Qué más puede pedir una chica?

–Atención. Excitación. Alguien con personalidad.

–Él tiene personalidad.

–Estar pegado a su teléfono y tener miedo a las aceitunas no es tener personalidad.

–No les tiene miedo. Simplemente no le gustan.

–La semana pasada casi pone un huevo cuando el camarero le puso aceitunas en su Martini.

Quiero decir, ¿qué se pensaba que le iban a poner en el Martini?
¿Una piña entera?

–Vale, me olvido de los aperitivos, pero es un gran tío y vamos a tener una vida fabulosa.

–Espero que tengas razón. –dijo Marj. –De todos modos, nos vamos a deshacer del jefe cabrón y eso es algo bueno.

–Mira, aquí tienes una foto del vestido. –Britt le enseñó una foto del vestido que se había comprado.

- Es impresionante.
- Gracias. –dijo sonriendo.
- Me apuesto algo a que te lo quita enterito.
- Sin lugar a dudas.
- Bueno, estamos hablando de Kevin. –suspiró.

Cuando Kevin la llamó para quedar con ella directamente en Tamarind, para que así no se recorriera toda la ciudad solo para recogerla, Britt pensó que estaba siendo muy práctico. Seguramente él llegaría allí primero, cogería una mesa romántica con vistas a la cascada y pediría su vino favorito para que estuviera esperándola. Ella aparcó, salió del coche y alisó el bajo de su nuevo vestido. Era un poco osado para su gusto, pero la vendedora le dijo que era muy sexy. Era de un morado berenjena fuerte, ajustado y con los hombros al aire. Se ajustaba a las curvas de su cuerpo en los lugares correctos, y llevaba unos pendientes largos de plata, pintalabios rosa y maquillaje ahumado para los ojos. Se sentía más glamurosa que nunca, más preparada para ser real, una mujer adulta que iba a hacer una proposición e iba a vivir con su pareja.

Capítulo 2

Al entrar al restaurante, pasó por la limpia y elegante barra del bar de acero y pisó el suelo de arena que había en la terraza de la cascada. Allí, estaba Kevin sentado a la luz de las velas. Estaba sentado en una mesa al fondo de la terraza, lejos del agua. No había vino. Él estaba jugando con su móvil. Ella se encogió de hombros y se acercó a la mesa. Él no se levantó, ni le apartó la silla, o ni siquiera piropeó su vestido glamuroso y sexy. Cuando ella habló, él levantó la cabeza, asintió y volvió a prestar atención a su móvil.

Britt leyó detenidamente el menú y fijó la vista en las gambas. El aire de la noche era agradable y fresco, y la escena bonita. Ella intentó ignorar la irritación que sentía ante su actitud. Sacó del bolso la carpeta con las hojas de los apartamentos y la puso en la mesa. Pidieron la comida y ella pidió, además, una botella de vino bien fría.

– ¿Has tenido un buen día en la oficina? –preguntó ella alegremente.

–Ha estado bien. Ocupado.

–Yo no veo el momento para que Freeman se jubile. Se puede ir a la residencia de ancianos a buscar antigüedades lascivas. –dijo con una risita. Él no se rio.

– ¿Te gustaría...? –empezó a abrir la carpeta pero sonó su móvil, y él volvió a cogerlo, pasando de ella.

Él lo volvió a dejar sobre la mesa, y ella continuó pacientemente.

–Como llevamos ya seis meses juntos creo que es el momento para empezar a mirar juntos un apartamento. ¿No era ese... el tiempo que tu dijiste que necesitábamos? –y notó como su voz ascendía al final de la frase al ver que él no le asentía en señal de aprobación o ni siquiera le prestaba atención.

Su expresión permaneció impasible. Siguieron sentados en silencio, incómodamente. El vino llegó, y ella se lo bebió de un trago sin saborearlo.

–Mira, Brittney –empezó a decir él un poco serio.

El teléfono de Kevin volvió a sonar y se apresuró a cogerlo. Ella puso su mano encima de la de él, intentando parecer que era de manera afectiva y no con exasperación.

– ¿Podrías dejar esa cosa en paz al menos el tiempo suficiente como para acabar una frase? –dijo ella ya tensa.

Él estiró su mano al teléfono de nuevo y suspiró.

– ¿Qué pasa? –preguntó ella preocupada.

–Corinne quería saber si ya se ha acabado.

– ¿Si se ha acabado el qué?

–La cena.

– ¿Quién es Corinne?

–De eso tenemos que hablar. Llevo viéndola unas semanas, nos gustamos y nos atraemos mucho.

Nunca planeé que algo así pasara, obviamente. Simplemente un día apareció en la oficina con esa ropa, y no lo pude evitar.

Britt se agarró el estómago y sintió con miedo como el vino le daba vueltas.

Dios mío. No me puedo creer que esto esté pasando.

–“Corinne quería saber si ya se había acabado...” –repitió ella con poca expresividad. –Tiene prisa de que rompas conmigo para que podáis, ¿qué?

–Mira, Brittney. Seamos sensatos. Lo hemos pasado bien juntos este tiempo pero no ha funcionado.

–Me has puesto los cuernos. –su voz estaba apagada con incredulidad.

Sentía tontamente la carpeta en su mano. Su cara iba poco a poco enrojeciéndose y seguramente todo el mundo en la terraza sabía que había sido abandonada. Había ido allí con una lista de apartamentos, dispuesta a unir su economía y su futuro y empezar una nueva vida con Kevin y, en cambio, iba a tener que salir de allí soltera y no por la carretera de los felices prometidos o las parejas que se van a vivir juntos. ¿Qué iba a hacer ahora con la carpeta y los archivos? Pensar en eso era importante. Si la dejaba en la mesa, sin quererla, el camarero la vería y pensaría con pena: pobre chica,

no tenía ni idea. Pero si se la llevaba con ella, ¿debería dejarla en el coche como un recuerdo horrible o meterla en casa con ella para que desde lo alto de una estantería la mire hasta que se atormentara por volver a ver ese jardín en la azotea una vez más?

Roja, humillada, notó como sus manos empezaban a temblar. Agarró la carpeta hasta que vio que sus nudillos se ponían blancos.

– Simplemente ha pasado, Brittney. Es una chica estupenda, divertida, despreocupada y muy guapa.

Mira, aquí en el móvil tengo una foto por si quieres...

¡Zas! Britt le pegó en la cabeza con la carpeta. Sorprendido, la miró boquiabierto.

– ¡No hace falta llegar a la violencia! Pensé que eras una persona razonable, pero ya veo que me equivoqué.

– ¡Que te jodan, Kevin! Aunque ella ya lo hace. No entiendo que crees que Corinne quiere de ti, además del dinero. Estoy segura de que no es tu destreza en la cama.

Ella resopló, tiró la carpeta sobre la mesa, las hojas ondearon y aterrizó en sus pies. Paralizado, derribó la silla y se fue ofendido. Britt se sentía ahora más avergonzada. Ella no tenía ni idea de dónde había sacado ese descaro para pegar a su infiel ex con una carpeta y echarle la bronca. Ella era la típica que sufría en silencio y no del tipo de las que se imponían y tiraban cosas. Estaba a la vez asombrada y perversamente orgullosa de su comportamiento. Su puso una mano sobre la boca para tapar la risa. No parecía ella. Ni un poquito. Miró alrededor para comprobar, y sí, todo el mundo la estaba mirando. Sofocada, bebió un sorbo de agua y decidió afrontarlo con descaro.

Cuando el camarero llegó y pisó los muebles imprimidos, Britt se encogió de hombros. En vez de la botella de vino que ella esperaba, el camarero le trajo un gran margarita en un vaso helado cubierto de sal. Britt abrió los ojos sorprendida. Se preguntó por un instante si esto era protocolo del restaurante...si alguien está de cumpleaños, el camarero canta; si alguien tiene una ruptura pública,

sacan los margaritas. Tomó un gran sorbo, agradecida, saboreando la lima ácida y el ardiente tequila.

–De parte de un caballero del bar. –dijo el camarero.

Britt miró hacia la derecha y vio que su escena la había visto el bar entero a través de la ventana que daba a la terraza. Movi6 su cabeza ligeramente y bebi6 profundamente.

Capítulo 3

Alzó la copa en señal de brindis hacia los clientes del bar. Un hombre la imitó y ella sonrió. Dejando la copa, se levantó, un poco mareada ya después de haberle metido a su estómago vacío medio vaso de margarita. Se dirigió hacia el bar y se acercó al hombre que la había saludado. Intentó no babear.

Era guapísimo, con un cuerpo musculado...tan sexy.

–Gracias por la bebida. –dijo ella.

–Parecía que necesitabas una. Aunque no tanto como ese pobre idiota al que has pegado una paliza. –bromeó él.

–Ese pobre idiota me estaba poniendo los cuernos y eligió la cena de aniversario para darme la gran noticia.

–Tiene suerte de que solo le hayas golpeado con eso. El camarero y yo hemos hecho una apuesta.

¿Qué hay en la carpeta? Yo dije que probablemente fotos de tartas de boda o algo para el banquete. El camarero asegura que serán vestidos de novia.

–Apartamentos. Íbamos a celebrar seis meses juntos e íbamos a elegir un apartamento para alquilar.

–Ouch. –dijo, moviendo la cabeza.

–Ya habíamos pedido y, plantada o no, van a venir dos platos. ¿Quieres unirte?

–Por supuesto. ¿Qué voy a cenar?

–Mi tan considerado ex pidió langosta porque sabía que me iba a quedar plantada con la cuenta y creo que no sirven nada más caro aquí.

– ¡Qué chico tan majo!

–El mejor. ¿Te gusta la langosta?

–Está bien. Aunque soy más carnívoro. Tu chico era un poco irresponsable, creo.

–Bien jugado. Puedes quedarte mi filete. Yo me como la mierda de langosta de Kevin.

–No, creo que ya has tenido suficiente humillación sin tener que comerte su pescado.

–Es un crustáceo.

–Si tienes que mojarlo tanto en mantequilla para que baje, es pescado, créeme.

–Interpreto que no eres muy fan del sushi.

–No mucho. –dijo él. –Soy Jack.

–Encantada de conocerte, Jack. Ese margarita es fácilmente lo mejor que me ha pasado hoy.

–Encantado de haber podido mejorar tu día. ¿Ha sido todo malo o solo la última parte?

–Mi jefe intentando meterme mano, mi mejor amiga riéndose de mi intención de tener un jardín en la azotea y la amante de mi novio mandando mensajes para ver si ya había cortado conmigo. Para más información, aquí.

–Ya es mucha información la que me acabas de dar... ¿Cómo te llamas?

–Britt. Normalmente no soy una chica que comparta tanto. Ni siquiera tengo redes sociales... todos esos trapos sucios. He decidido airearlo todo en la terraza de Tamarind en vez de en Twitter.

–Necesitarías bastantes más de ciento cuarenta caracteres para contar esta historia.

–Mira, es algo bueno que no esté tuiteando en directo la ruptura.

–Creo que es una buena decisión. La discreción es la mejor parte del valor.

–Un hombre que sabe de Shakespeare y margaritas. Eres el descubrimiento, Jack. Esta es mi mesa.

¿Qué quieres beber? Es mi trato.

–Un cóctel de whisky. –le dijo al camarero. Para su asombro, el camarero no parecía ni siquiera consternado por el repentino cambio de la cita.

–Así que, ¿a qué te dedicas, Jack? Además de a darle licor a damiselas en apuros.

–Soy guitarrista. Un tipo de artista.

–Mmm... ¿estás en una banda?

– ¿No lo está todo el mundo?

–No la gente que yo conozco, de hecho. Ellos están principalmente en contabilidad, marketing y esas cosas.

–Te vas con gente muy mala. –bebió de su whisky.

–Nunca me he tomado ninguno de esos. ¿Te importa que pruebe? –preguntó, empezando su segundo margarita y sintiéndose valiente.

Jack le acercó el largo vaso, y ella agarró una cereza flotando en la superficie, lamió el sabor ácido del whisky de la azucarada cereza y la mordió, con el dulce jugo chorreando en su boca.

Sonriendo, tomó un sorbo del whisky. El fuego del alcohol hervía por su garganta mientras tragaba.

Moviendo la cabeza con tos, le devolvió el vaso.

–Gracias de todos modos. –graznó. –Me quedo con lo que conozco. –y se acabó el resto de su margarita.

–Acabas de hacer mi noche mucho menos aburrida. –le dijo él.

–Eso puede que sea lo más amable que alguien me ha dicho nunca. –se rio.

– ¿Va en serio?

–Sí.

–Así que el idiota no era mucho de cumplidos, imagino. Yo puedo hacerlo mucho mejor que menos aburrida. ¿Qué tal... guapa?

–Me gusta incluso aunque no me lo creo mucho.

–Te podría demostrar lo guapa que eres, pero la comida ni siquiera está aquí aún. Eso sería atrevido. –sonrió.

Britt no podía ignorar el cosquilleo en las palmas, el ataque de excitación que sintió cuando él dijo eso. Un tipo de entusiasmo que nunca había sentido al pensar en irse a vivir con Kevin, su hasta entonces novio de medio año. Ella abiertamente se comía con los ojos a Jack, simplemente disfrutando de las vistas de tenerle ahí sentado frente a ella. Se preguntaba si todo el mundo en Tamarind pensaría que un hombre tan atractivo como él no podía estar en una mesa con alguien como ella, una contable con un vestido ajustado

que, sin dudas, estaba intentando aparentar demasiado. Por una vez, no le importaba lo que los demás pensarán.

Hablaron un poco más. Él le contó sus guitarristas favoritos y ella le admitió que le gustaba Santana “excepto por las largas repeticiones con la guitarra”, lo que le hizo reír.

–Te tendré que iniciar. Enseñarte a apreciar a los buenos. Yo vi a Kenny Wayne Shepard hace un par de años.

Es mi ídolo.

– ¿Es...cantante de country?

–Un guitarrista de blues, ¿por qué?

–Ese nombre...tiene tres nombres. Me imaginé que sería de country. –se rio con nerviosismo.

–Creo que tengo que organizar una intervención musical. Pero parece que nuestra comida ya está aquí.

El camarero llevó la abundante comida, y como Britt había pedido, cambió el vaso vacío de margarita por una copa de vino tinto. Ella lo bebió con aprobación.

–Tiene una pinta deliciosa. –dijo él.

–Como tú. –soltó ella y después se rio demasiado alto.

– ¿Quieres un mordisco de mi *crustáceo*? –le preguntó, mojando un trozo de langosta en la mantequilla derretida y ofreciéndoselo a ella.

Sin pensarlo, Britt abrió los labios y dejó que él le diera de comer. La langosta estaba tierna y saladita con la resbaladiza mantequilla. Ella se chupó los labios, fijando los ojos en él.

–Ahora yo quiero un mordisco de ese filete. –le dijo él. Ella le partió un trozo y se lo acercó. Él mordió la carne de su tenedor. Ella sintió un repentino escalofrío por su piel, una sacudida de algo como deseo.

–Bueno y ¿qué haces en el Tamarind?

–Oh, simplemente, buscar mujeres. He escuchado que hay muchas rupturas en la terraza. –dijo él ágilmente.

–Ahora en serio.

–Había quedado con un amigo mío de la banda para ver si podíamos hacer algunos temas.

– ¿Ha habido suerte?

–Ya veremos. –dijo él. –He estado tocando desde que estaba en el colegio. ¿Y tú desde cuando eres...?

– ¿Contable? Desde que me gradué y conseguí mi Certificado Público de Contables. Y antes de que lo preguntes, sí, es muy excitante.

–Así suena.

–Trabajo para una empresa de consultoría. Hago las nóminas, los gastos y todo el tema de impuestos. Es bastante fácil, de hecho, y me pagan bien.

–Así que tú no tienes la prisa que tiene todo el mundo en abril cuando no han hecho aún la declaración, ¿no?

–Uy no, yo no. Yo no hago cola en la ventanilla. Aunque lo hice cuando estaba en la universidad para ganar experiencia. La gente intenta deducir las cosas más estúpidas. Quiero decir, no es por juzgar, pero Viagra *no* es un gasto del negocio.

Jack se rio con ella.

–Y todos esos agentes inmobiliarios intentando deducir sus logros y discutiendo conmigo que es por presentarse a sí mismo como la cara pública del negocio. Fue una locura. La peor, aun así, fue un tío que estaba reduciendo miles de dólares de viajes a hoteles de strippers y jurando que los clubs de striptease eran gastos del negocio. Era camionero. Y no era que estuviera entreteniendo a los clientes para cerrar un trato. ¡Es que estaban cerca de las paradas del camión!

–Bueno, imagina que estás intentando entrar en el mundo de la música y conseguir todos esos conciertos en los que tocas de gratis, simplemente esperando que alguien en la multitud se descargue tus canciones o te contrate para tocar en un bar mitzvá y ¡pumba! Te dan en toda la cara con ropa interior. Ropa interior de hombre.

– ¿De verdad pasó eso?

–Más de una vez y *no* estaban limpios. –se rio a carcajadas.

– ¿Esto solo pasa si estás al frente de la banda o los de la batería y esos también consiguen que se les bombardee con ropa interior?

–Aquí es donde estar al frente tiene sus desventajas. Seguro que consigues todos los números de teléfono y toda la atención pero también todos los calzoncillos blancos y ajustados. Soy como un escudo humano para el batería, en ese sentido.

Britt se rio tan fuerte que rio por la nariz. Luego, se cubrió la boca con las manos con vergüenza.

Para cuando llegaron al postre, habían decidido compartir la muestra. Mientras que ella estaba esperando otro margarita, Jack se excusó para ir al servicio.

– ¿Me estás abandonando? –preguntó ella sin emoción. –Porque esto me ha estado pasando esta noche un montón.

–No te preocupes, volveré. –dijo él guiñando un ojo.

Ella le vio marcharse y tuvo que admitir que le gustaba lo que veía. Su arrugada camisa se ajustaba bien a sus anchos hombros y sus apretados vaqueros a su estrecha cadera. Britt pensó distraídamente que si la abandonara, de verdad le echaría de menos. Esta era sin duda la cita más divertida que había tenido, incluso sin ser una cita convencional. Él era inteligente, divertido y sexy como un demonio. Se tragó medio vaso de agua simplemente para intentar enfriarse y sacar de su mente esos pensamientos.

Aunque para ser sincera, su mente no estaba en los pensamientos sucios tanto como en quitarle la camisa. Ella pensó que estaría increíble con la camisa quitada, esbelto y en forma. Tenía unos largos y elegantes dedos, pero sus muñecas eran masculinas y anchas. Ella nunca había pensado en muñecas o guitarristas, pero definitivamente había pensado en Jack, el rescatador de los margaritas. Ella se preguntaba si mandaba bebidas a las mujeres a menudo y cuántas de ellas aceptaban su oferta.

Volviendo a la copa de vino, decidió firmemente que le daba igual. Porque esta noche él estaba con ella. Si alguna vez decidía

volver a la mesa donde ella le estaba esperando no tan pacientemente.

Oh, Jack pensó ella estaría encantada si me introdujeras al mundo de la guitarra de blues y me enseñaras lo guapa que soy. De hecho, estaría encantada si me ofrecieras enseñarme a hacer animales con globos y me dijeras que parezco Jeff Goldblum siempre que estuvieras llevando esos vaqueros ajustados y me estuvieras sonriendo.

Capítulo 4

Britt se rio de sus pensamientos y se obligó a mirar al agua en vez de mirar a la puerta para comprobar si venía ya. Cuando comprobó la hora en su teléfono, esperaba que pareciera de forma casual; solo habían pasado tres minutos. Estaba entrando en pánico por nada. Los hombres iban al servicio. Él volvería. Compartirían el postre. Puede que compartieran más que el postre si seguían adelante.

Los postres llegaron antes de que él volviera y se la encontró por la mitad de la tarta de queso.

– ¿Qué? Tenía chocolate por encima. Tú no estabas aquí. Prácticamente me estabas gritando

“adelante, cómete lo mejor sin mí”. –dijo ella mientras él sonría.

Jack tenía una sonrisa increíble. Era casi tan atrayente como su culo en esos vaqueros desteñidos.

Ella le sonrió de vuelta. Por primera vez en su vida, entendió la expresión ‘desnudar a alguien con los ojos’ porque lo estaba haciendo totalmente. Él estaba hablando sobre postres y una tradicional tarta de queso ricota con limón que había hecho una vez. Ella le estaba mirando fijamente, posiblemente comiéndoselo con los ojos. En su mente, ella le desabrochaba lentamente la camisa, disfrutando de ese pecho musculado y moreno que se revelaba despacio, con cada botón. Después, en su mente, ella le pasaba la lengua hacia abajo por su pecho. Estaba segura de que ese comportamiento estaba mal visto en Tamarind, así que se guardó la idea. Por el momento, de todos modos.

Acabaron los postres y ella pidió la cuenta. El camarero negó con la cabeza.

–Estamos al tanto de...del estado en el que estás. No habrá ningún cargo por esta comida.

Tamarind te desea lo mejor, y espera que seas nuestra clienta en el futuro. – dijo el camarero amablemente.

Sorprendida, asintió.

–Muchas gracias. La comida estaba realmente deliciosa. Y los margaritas eran la hostia. –dijo y se tapó la boca con vergüenza, casi segura de que había dicho algo inapropiado.

Britt dejó una gran propina y se levantó, dándole la mano a Jack.

–Gracias por unirte a mí. Por ti, esta noche ha sido mucho mejor de lo que había pensado que sería.

–Ha sido la hostia. –sonrió con superioridad.

–Estoy segura de que me estás vacilando, pero no me importa mucho ahora mismo.

–Me he divertido mucho, Britt. –dijo él. –Estoy contento de que ese tío actuara como un idiota. Si hubiera sido decente, no te habría conocido.

–Habrías tenido que asaltar a otra mujer en el restaurante.

–Creo que es seguro decir que eres de mejor calidad que las mujeres que suelen dejar.

– ¿Quieres decir que no soy tan ardiente como las mujeres que suelen dejar?

–No exactamente. Hay mucho más en ti que eso. Me haces reír, un montón. Eres inteligente, crítica contigo misma, y ese vestido es prácticamente de una película X.

–Gracias. No era exactamente lo que estaba buscando. Intentaba que fuera elegante y un poco sexy.

–Creo que has acabado estando extremadamente sexy y... ¿cuál era la otra parte? Me he quedado bloqueado en el sexy.

–No me importa que te hayas quedado bloqueado en el sexy. –le dijo ella.

– ¿Sabes? Nunca me he acostado con una contable. –destacó él y ella sonrió furtivamente.

–Somos tan apasionadas en la cama como lo somos en el trabajo con todas las hojas de cálculo. – bromeó.

–De alguna manera, creo que no serías aburrida en ninguna parte, Britt.

–Pues llévame a casa. –le ofreció ella.

– ¿Estás segura?

–Sí, estoy supersegura. Como un seis cientos por cien. –dijo ella, asintiendo entusiasmada.

–Ese es un porcentaje muy alto para una persona que lleva haciendo matemáticas toda la vida.

–Así que deberías tomarme en serio.

–Vale.

– ¿Has venido en coche?

–Cogí un taxi.

–Entonces, vamos en mi coche.

–No vas a conducir a ningún lado, golpeadora. Cogemos un taxi.

– ¿Por qué?

–Tres margaritas. –dijo él. –No quiero morir y no quiero pagar la multa si te hacen soplar.

–Está bien. –dijo ella. –Iremos en taxi.

Jack la guio hacia fuera del restaurante, cogiendo su mano con firmeza. Levantó su brazo y un taxi giró en la cuneta y les recogió. Ella le dio su dirección y se acurrucó en sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro. Se sentía cálida y protegida, relajada y feliz. Él tenía unos bíceps estupendos, firmes debajo de los dedos de ella y su expectación aumentó. Fueron por la oscuridad, mientras luces de neón pasaban volando por la ventana. En su edificio, se bajaron en la acera y él pagó el taxi. Ella consiguió meter la llave en la cerradura al cuarto intento, y subieron las escaleras riendo y hablando en susurros. En la puerta, él puso su mano sobre la de ella impidiendo que girara la llave.

– ¿Estás segura de esto?

– Sí. Seis cientos por cien, ¿recuerdas?

–Es solo que no quiero hacer nada de lo que luego te arrepientas por la mañana cuando estés sobria.

–No estoy borracha, Jack. Estoy un poco contenta y me pones mucho. El ardiente extraño que me invitó a cenar.

–Yo no te he invitado a cenar. Tamarind te ha invitado.

–Ya. Desapareces diez minutos, luego, de repente, el camarero dice que no nos cobran nada. No estoy segura de que a los restaurantes les importe una mierda que me hayan abandonado, particularmente restaurantes con margaritas a treinta dólares.

– ¿Fue tan obvio?

–Digamos simplemente que no deberías buscar trabajo de espía si lo de la banda no funciona.

–Mierda, pensé que era tan disimulado. –dijo con media sonrisa.

– ¿Estás convencido de mi cognitiva habilidad de dar consentimiento?

–Alguien que puede decir cognitiva habilidad no puede ser desperdiciado. –dijo él y la siguió hacia dentro.

Britt encendió las luces, sabiendo que el lugar estaba hecho un desastre. Inmediatamente, se imaginó que a él le daría igual. Jack puso la mano en sus mejillas con una inesperada ternura, acarició su pómulos con el pulgar y rozó sus labios con los de ella coquetamente. Sonriendo, ella se acercó más a él, sus llaves retumbaron contra el suelo cuando ella puso las manos sobre su pelo, empujando su cabeza hacia la de ella. Él cerró la puerta con una patada y pidió su boca. La camisa de Jack aterrizó en el suelo cerca de las llaves, y los zapatos de ella se les unieron. En un frenesí, se desnudaron, separando el beso solo lo justo para quitarse algunas prendas. Él besaba estupendamente, la lengua entraba sensualmente en su boca y salía. Ella casi cantaba del éxtasis, recordando por un segundo la manera que tenía Kevin de meter la lengua en su boca y dejarla allí como si por el mero hecho de su presencia le tuviera que gustar. Este hombre, por el contrario, sabía qué hacer con su boca, mientras sus manos la llevaban salvajemente.

Incluso aun estando un poco borracha, Britt se paró. Le miró detenidamente, sus músculos definidos y dorados en el lugar correcto. Su pelo negro caía sobre su cara, y su respiración se iba acelerando. Ella llevó las manos por la anchura de sus hombros, bajando por sus brazos, disfrutando de cada línea y curva de él. Él

cogió sus manos, enlazando los dedos. Era sorprendentemente íntimo, cogerse de las manos así con él, sintiendo la calidez de la de sus palmas presionadas contra las suyas.

Él levantó las manos unidas y besó las de ella. Mirando los dedos entrelazados, ella pestañeó fuerte, insegura por un momento donde acababan y empezaban. Sin aliento, ella levantó la cabeza para que la besara. Podría estar besándolo para siempre, pensó, simplemente dejándose llevar por el fuego que le provocaba.

Jack la besó, sin separar las manos. Ella le empujó hacia la habitación, pero él se quedó quieto obstinadamente, mordiéndole los labios y pasándole la lengua por el labio superior, mientras ella se estremecía. Britt presionó su pecho contra el de él, sintiendo su dureza contra el estómago y restregándose contra él. Al final, él le soltó las manos y le agarró los labios, arrastrándola hacia él para que ella pudiera sentir toda su excitación. Ella hizo un ruido como de un zumbido en su garganta, sin querer, por la excitación que sintió. Mirándole, ella cogió su cadera, con las manos deslizándose por la curva musculada de su culo. Con un escalofrío, ella se imaginó sus penetraciones, imaginó clavarle los dedos en la espalda, rogándole que siguiera, fuerte y firme. La boca de Jack estaba en su cuello, abriéndose camino hacia sus pechos. La tumbó hacia atrás sobre sus brazos y metió un pezón en su boca, haciendo con su lengua y sus dientes que ella gimiera.

Jack empujó la pierna de Britt hacia su cadera, con el muslo presionando entre sus piernas, restregándolo por su necesitada humedad. Separando su boca de la de ella, llevó la mano a la goma que sujetaba la coleta.

–Quiero que te sueltes el pelo. –le dijo y ella asintió mientras él le soltaba el cabello. Ella sintió como le caía sobre los hombros desnudos.

–Quiero que me lleves a la cama. –insistió ella.

– ¿Qué pasa si está muy lejos? –le preguntó el con una sonrisa pícaro.

Jack la cogió hacia arriba con sus brazos y la llevó hasta el sofá. Ella se hundió entre los suaves cojines y alzó los brazos inmediatamente para que él se acercara. Ella frunció el ceño cuando vio que la dejaba ahí y se iba a buscar algo a sus vaqueros. Volvió con un condón, y ella estaba tan excitada que casi no podía esperar a que se lo pusiera. Britt se acercó a él, impaciente.

–Por favor, ahora. –dijo, mirándole a los ojos y sorprendida por la intensidad de su mirada.

–Aún no. –le contestó, pasando los labios por los suyos suavemente. –Tenemos toda la noche.

Capítulo 5

Él se arrodilló en el sofá sobre ella y la levantó para encontrarse con él. Jack estrechó los brazos a su alrededor, sujetándola, besándola mientras que sus cuerpos enteros estaban presionados.

Estremeciéndose de felicidad, Britt enroscó los brazos sobre su cuello y le devolvió el beso con pasión. No estaba acostumbrada a que la agarraran durante el sexo, de hecho a nada. Era romántico, afectivo, confuso y adictivo. Ella se echó hacia adelante y le besó la mejilla impulsivamente.

– ¿Y esto por qué?

–Por ser tan bueno. –dijo ella.

–Ser bueno no es suficiente. Tendré que intentarlo más. –dijo él con picardía, deslizando las manos por ella y sintiendo sus escalofríos.

–Eres mucho más que bueno, Jack.

–Quiero que esto sea lo mejor que te ha pasado nunca. –le dijo, besándola suavemente, mientras la miraba a los ojos.

–Ya lo eres. –admitió ella con un sonido que podía parecer un gemido.

– ¿De verdad? –le preguntó. –Porque puedo hacerlo mucho mejor si me das la oportunidad.

Dándole un empujoncito a sus labios abiertos, él tentó a que metiera la lengua en su boca y sensualmente la presionó contra la suya, como si fueran amigas. Era tan íntimo que ella tuvo que enroscar sus brazos alrededor de él con más fuerza, queriendo todo. Quería ser agarrada por él, quería ser besada por él, quería que le hiciera el amor concienzudamente para que ella perdiera el sentido completamente. Se sentía extrañamente emocional, cerca de él de alguna manera, no solo físicamente.

Jack la tumbó sobre el sofá frente a él.

–No quiero perderme nada. Quiero ver tu cara. –dijo suavemente cerca de su boca. Pasó sus labios sobre los de ella, como un tierno y sensual prelude.

Los dedos de Jack se deslizaron hacia abajo por el cuerpo de ella. Cogió la pierna por debajo de la rodilla y la enganchó por encima de su cadera. Después, empezó a masajear la parte de debajo de la espalda, acariciándole el culo. Deslizó su mano entre las piernas, con los dedos acariciándole la raja, mientras ella se retorció pidiendo más. Metiendo un dedo largo dentro, acariciándola, y él empezó a sentir como ella se contraía, empezando con palpitaciones de placer. Él sacó el dedo y colocó su pene en la apertura. Besando su frente, sus labios, le susurró.

– ¿Estás preparada?

–Sí. –le dijo ella y le devolvió el beso.

Jack la cogió de la cadera y con experiencia la puso sobre él, haciendo que encajaran y metiendo su pene en ella.

– ¡Oh! –jadeó ella, con las manos sobre su pecho.

El poquito pelo de su pecho le hacía cosquillas en las palmas. Ella le sentía en cualquier parte de su piel, y dentro de ella.

Britt se quedó quieta por un momento, simplemente sintiéndole, estirándose hacia él, agarrándole con sus músculos interiores, mirando su cara. Sus labios se retiraron dejando ver sus perfectos dientes, con un evidente esfuerzo por controlar su expresión. Él quería penetrarla, empujar bien profundo, pero se mantenía quieto, esperando a que ella estuviera preparada. Despacio, tentativamente, Britt se levantó. Un sonido le salió de la garganta mientras ella se acercaba más a él para notarle más y más dentro del ella.

La presión le hizo gemir, moviéndose hacia abajo en busca de más, incluso aunque él la dejara sin respiración. Ella quería aguantar, seguir cabalgando sobre él, pero las incansables penetraciones presionaban contra ese lugar dentro de ella que hacía que se volviera loca y empezó a temblar. Antes de que pudiera detenerlo, se dejó caer sobre él, con sus músculos interiores reprimiéndolo, y agarrada a su pecho con las uñas. Él le cogió la cara y la bajó para poderle dar un beso mientras le penetraba más adentro. Guiando su cadera hacia arriba y hacia abajo, él la guio

hasta que ella acabó con él. Arqueó su espalda, empujando dentro de ella salvajemente. Ella sintió como él aterrizaba de nuevo en el sofá con un gemido. Él la agarró, la puso a su lado y la estrechó entre los brazos, bien fuerte.

Jack la sostuvo, con su cabeza apoyada en la curva de su cuello. Sus dedos apretaban el pecho donde el corazón latía con fuerza. Britt intentó no llorar. Tosió para tapar un sollozo que no pudo suprimir. Algo en la manera que había tenido de tocarla, la manera en que sus primeros instintos después del clímax habían sido estrecharla entre los brazos le había conmovido. Saboreó alguna lágrima en su garganta y movió la cabeza para aclarar su visión. Quería levantarse, darse una ducha, y dormir sola. Kevin al menos nunca se había quedado después del sexo. Él había sabido decir que la llamaría al día siguiente y después se iba lo más rápido posible.

Jack simplemente se quedó. Se estiró, poniendo los brazos detrás de la cabeza y miró al techo.

Ella escuchaba su respiración relajarse. Él le buscó la mano y la agarró sin mirarla. Al final, una sonrisa se formó en sus labios, y ella cerró los ojos.

Cuando se despertó, la luz del día entraba ya por la ventana, y estaba arropada con la sábana, tumbada sobre su pecho. Sus brazos estaban alrededor de ella, y cuando miró hacia arriba vio que un mechón de pelo estaba sobre su cara. Ella lo retiró tímidamente y se sentó. Nunca había tenido a un chico allí; ningún chico había pasado la noche en su casa. A ella le gustaba su privacidad, tener la cama entera para ella sin tener los molestos ronquidos de un humano cansado intentando dormir a su lado. Aun así, ahí estaba ella, despertando en brazos de Jack. Jack...y como quiera que sea su apellido, se dio cuenta avergonzada. Quitándose la sábana de encima, se levantó y se llevó la mano a la cabeza instintivamente. Le palpitaba como un si fuera un proyecto, sin acabar, de la construcción de una carretera y le dolían los dientes por culpa de la

resaca. Arrastrándose hasta el baño con enfado, bebió agua, se dio una ducha y bebió más agua, culpándose por dejarse beber tanto.

Ella sabía que beber agua y tomar una aspirina antes de dormir ayudaba a calmar este terrible sentimiento. Necesitaba un desayuno completo, algo grande. Pero estaba atascada con este tío con el que pensó que sería sociablemente aceptable salir después de pasar una noche de sexo con él. Britt no tenía mucha experiencia con tíos de una noche, excepto por aquella vez en la universidad con aquel tío de su clase de estudios de mujeres, el del tatuaje de una placa base de disco duro en el pecho. Eso no había acabado bien, por supuesto, pero al menos había tenido la cortesía de salir de su dormitorio inmediatamente después. ¿Se suponía que tenían que desayunar juntos? ¿Unidos de alguna manera?

Ella tenía trabajo. Él tenía probablemente una vida de desempleo o una práctica con la guitarra o algo. Principalmente ella necesitaba su espacio para prepararse para su día e intentar olvidar lo que había hecho la noche anterior, con un guitarrista cuyo apellido era todo un misterio, y mejor dejarlo así.

Kevin nunca se esperaba y hacía cosas raras. A él le gustaba su propio apartamento y ella, simplemente, prefería el suyo. Se preguntaba, con retrospectiva, qué le había hecho pensar que podrían vivir juntos en el mismo apartamento. Él solía dejarse los calcetines en el piso de Britt. Se quitaba los zapatos y los calcetines y luego inexplicablemente se dejaba los calcetines. Ella se estremeció con la idea de vivir con esos calcetines indefinidamente. Ella no se había fijado en los calcetines de Jack o ni siquiera en sus pies. Se había fijado en otras partes de él mucho más tentadoras.

Cuando salió de la ducha y se tapó con la toalla, Britt se atrevió a salir a por su ropa. Se vistió rápidamente y después se recogió el pelo cuidadosamente en un moño de bibliotecaria. Estaba incurriendo en el lado severo del profesionalismo después de descarrilar una noche. Se maquilló y ya estaba preparada. De ninguna manera le iba a dejar solo en su apartamento donde podría

buscar sus viejos extractos del banco o probarse sus zapatos o algo.

Ella le sacudió por el hombro. Él no se movió. Britt se sentó en el borde de la cama, mirándole fijamente. Era fácilmente la cosa más bonita que había tenido en su cama. En su vida, para ser sinceros, al menos con ella. Quería morderle el hombro. Pero después se puso firme y se recordó que estaba preparada para dejarle ir y que nunca volviera. Él solo significaba una aventura para aliviar el dolor de perder a Kevin y todas sus esperanzas y sueños de una vida con él. Una bonita y sensata vida que seguía un patrón predecible y que no dejaba nada a la casualidad. Habían hablado de ir a un hotel en Shenandoah Valley la próxima estación cuando las hojas empezaran a caer. Se había imaginado sidra de manzana, un fuego chispeante y una íntima tarde-noche para dos. Ahora tenía que repensar y enfrentarse al hecho de que iría sola si quería ir allí. La sidra y un jersey gordo y calentito no eran bastante románticos si iba sola. Ella, su vibrador y quizá un nuevo libro en el Kindle. Esa era la nueva escapada romántica, pensó ella con humor negro.

Él seguía tumbado allí, perfecto y tranquilo. Aún, ella quería quitarle la ropa y arrastrarse entre las sábanas a su lado. Ella siempre tenía frío por las noches, incluso aunque llevara calcetines, pero anoche, en sus brazos, en el calor que desprendía, ella se había unido a él, completamente cálida, completamente relajada por una vez. Él la había estrechado entre sus brazos, había adoptado la postura de la cuchara detrás de ella y su presencia, sólida y fuerte, la habían apaciguado hasta conseguir el sueño más profundo que ella pudiera recordar. Ni una vez se había despertado y andado hacia la cocina en busca de algún aperitivo o a ver el email en su teléfono. Se había sentido segura con él. Debía de haber sido el tequila, reflexionó ella, haciéndole pensar que se sentía segura, íntima y relajada con un completo extraño. El tequila era horrible en su opinión.

Incluso ahora, quizá eran los restos de alcohol nublándole el cerebro los que le hacían tocarle la cara, la frente, la boca, los

labios. Quería memorizar cada detalle de él. La manera en que su mandíbula era un poco cuadrada, dándole una fuerza y que hacía que no fuera demasiado guapo. Ella se mordió el labio inferior, haciendo esfuerzos por recordar que le necesitaba fuera de su apartamento, para que pudiera seguir con su vida y olvidar su error; que no le necesitaba encima de ella, a su lado, debajo, sin importar lo que sus hormonas o sus impulsos le dijeran.

Britt le agarró el hombro, intentando ignorar lo fuertes y poderosos que eran sus hombros y le sacudió con más intensidad esta vez. Sus ojos pestañearon hasta abrirse y él sonrió cuando vio que era ella. Ella apretó los dientes, recordándose que no se derritiera con su sonrisa. Era tan encantador, tan mono. Y ella era tan humana, después de todo, pero tenía más fuerza de voluntad que todo esto.

Muy seriamente, ella le anunció que era momento de que se fuera.

–Hola, Jack. Es por la mañana. Te tienes que ir. –dijo ella firmemente, intentando sonar alegre y amable y no diciendo ‘mueve tu culo de mi apartamento que ya he acabado contigo’.

–Vale. Veo que eres una persona madrugadora. Perdona, me voy en cinco minutos.

–No, no hay prisa. Es solo que...tengo que ir a trabajar. –le dio evasivas.

– ¿A las siete y diez? –preguntó Jack escépticamente.

–Quizá tienes unos minutos. Me gusta tomarme un café antes de trabajar. –y su voz sonó un poco más quejica de lo que pretendía.

–Intentaría darte un beso de buenos días pero tengo la sospecha de que no quieres que se te estropee el pelo.

– ¿Qué lo ha delatado? –preguntó ella un poco desagradable, quitando la mano de su hombro donde aún la tenía.

–El siniestro peinado. La coleta de anoche era bonita y alegre. Esto es como...estilo de verdugo. –

dijo poniendo caras. Su preciosa cara permanecía injustamente atractiva incluso cuando arrugaba la nariz.

–Gracias. Eso es, de hecho, lo que quería conseguir. Quiero dar miedo hoy. Quizá nadie en el trabajo me intente meter mano.

–Creo que esto tiene más que ver con el idiota con el que trabajas que contigo. Sin ofender.

–No ofendes. Creo que no lo había pedido pero está bien oírlo. Incluso aunque sugiera que parezco tan repelente que nadie me tirará los tejos.

–Mira, incluso en el instituto, agarrar la teta de alguien no era tirar los tejos. Era...ser un gilipollas. ¿Has intentado preguntar por qué cree que tiene derecho a tocarte?

–No. Me gusta tener trabajo. –dijo ella directamente como si él fuera estúpido.

–Oh, si él te amenaza con el trabajo, le tienes cogido por los huevos. Legalmente hablando, por supuesto. Acoso sexual. ¿Sabes lo rentable que es la industria de la sensibilidad corporativa?

–No. ¿Tú sí? –le soltó ella.

–Sí, algo.

– ¿Estaba en los titulares de Yahoo? –se burló.

–Quizá. –y puso muecas.

–Escucha, me lo pasé bien anoche, mejor que bien, pero fue todo por la ruptura y los margaritas, y si a ti te da igual, me gustaría olvidar lo que pasó.

–Eso ha sido frío. –observó él, poniéndose la ropa. Firmemente, ella no podía permitirse mirarle, mirarle fijamente el cuerpo, ofrecerle una ducha, ofrecerle enjabonarle la espalda. Sus traviosos impulsos le bombardeaban el cerebro con un montón de ideas traviesas de lo que podía hacer con él por la mañana, ideas que sin duda estropearían su pelo.

–Lo siento. Quería ser directa, pero no cruel Sin embargo, la esencia es la misma.

–Has acabado conmigo. –acabó él.

–Preferiría decir que hemos compartido una noche estupenda y que separamos nuestros caminos como amigos.

–Pero la esencia es la misma. –señaló él y ella se puso roja de vergüenza.

–Sí, supongo que sí. Si buscabas algo más de lo que podía darte, lo siento. No quiero...

–Complicaciones. –dijo él asintiendo mientras se abrochaba la camisa. –Lo entiendo perfectamente. –y con sus manos se arregló el pelo negro y comprobó en sus bolsillos que tenía la cartera, las llaves y el móvil.

–Tengo que coger un taxi hasta Tamarind antes de irme a trabajar. –dijo ella.

–Yo también para ir a casa, pero creo que compartir taxi está fuera de lugar.

–No, eso sería...práctico. –confesó ella.

Dejaron el apartamento y bajaron las escaleras en silencio.

–Te llevaría a desayunar fuera, pero...tenemos caminos separados, entiendo.

–Sí. Gracias de todos modos. –dijo ella formalmente.

Se sentaron en el taxi, dejando el máximo espacio posible entre ellos. Era todo lo contrario a los abrazos y besos en el taxi solo unas horas antes.

–Gracias por lo de anoche. –dijo ella.

–De nada. –contestó, sin discutirle que él tendría que agradecerse a ella o que el placer había sido suyo.

–Podría haber sido una noche horrible por lo que pasó con Kevin. Pero tú me rescataste.

–Te rescataste tú solita. Yo te mandé una copa. Tú viniste a buscarme.

–Supongo que tienes razón. Eres el mejor, Jack. No podría haberte pedido más.

–Excepto porque ahora quieres barrerlo todo y esconderlo bajo la alfombrilla, olvidarlo todo. –

señaló él, sin dejar de ser amable.

–No quiero considerarme como una que se coge a un chico y se lo lleva a casa. Fue una decisión totalmente estúpida. Tengo suerte

de que no fueras un asesino o algo.

– ¿Se habría comido un asesino la langosta de tu ex por ti?

–Quizá, si quisiera matarme. –dijo ella.

– ¿Como una estrategia para que confíes? ¿De verdad?

–Probablemente. Estoy contenta de que fueras tú.

–Estoy contento de ser yo, también. Y no otra persona. Estaría muy celoso si alguien hubiese pasado la noche contigo.

–Fuiste muy amable conmigo. Estaba realmente hecha polvo porque me dejara y, seamos sinceros, por la bebida.

–Fuiste encantadora, Britt. No me arrepiento de nada. Excepto de que tú no puedas decir lo mismo.

–Me gustaría poder. No es lo nerviosa que estoy. Estoy avergonzada de lo que hice.

–No lo estés. Elegiste confort a miseria. Es la elección valiente.

–No hubo nada valiente en irme a la cama con el tío caliente que me invitó a una bebida. Lo más fácil del mundo.

–No me gustaría publicitarme como lo más fácil del mundo.

–No me refería a ti. –dijo ella moviendo la cabeza. –Tú fuiste lo mejor que podría haber pasado en una mala noche. Pero aun así, es un error, no importa lo bien que me sintiera.

– ¿Alguna opción de que el taxista no hable español? –bromeó Jack.

–No. –dijo ella. –Mi vergüenza es pública.

–Espero que estés bromeando porque me sentiría insultado si estuvieras avergonzada de lo que hicimos.

–Lo estoy. Es solo que...no estoy avergonzada de ti, estoy avergonzada solo del hecho de que hice lo que hice con un extraño.

–No soy un extraño, Britt. Me conoces. Hablamos durante horas.

–No sé quién eres, de dónde eres. Tocas la guitarra y haces deporte, y eso es a grandes rasgos lo que sé de ti.

–Yo sé que tú estabas perdida y triste, y que yo podía cambiar eso. No hay mucho más en mi vida que el poder del cambio, pero yo podría arreglarte.

–No podrías ni siquiera empezar a arreglarme, Jack. No sabría por dónde empezar.

–Yo creo que podría, pero no me darás la oportunidad.

–Es muy dulce por tu parte incluso sugerirlo, pero me tengo que arreglar yo misma. Y eso significa volver a la normalidad y tomar mejores decisiones.

–No me gusta ser una mala decisión que tomaste.

–No me gusta nada de esto. Pero me gustaste tú.

–Gustaste. Tiempo pasado. Estás haciendo maravillas por mi ego, cariño. –dijo él. –Que pases un buen día, imagino.

–Tú también.

–Creo que hemos llegado. –dijo él de mala gana.

Cuando ella se bajó del taxi en el aparcamiento, frío y vacío excepto por su coche, le cogió la mano.

–Estuvo bien conocerte, Jack. Gracias por animarme en un momento difícil.

– ¿Bien? –dijo él escépticamente. –Mejor que bien. –le corrigió y ella asintió. Se fue hacia el coche, giró la llave en la cerradura y condujo hasta el trabajo, sin permitirse mirar por el retrovisor.

No mires atrás, se decía a sí misma. Sigue adelante. Se culpó al darse cuenta de que pestañeaba fuerte por el agua en sus ojos.

Capítulo 6

Britt se sentó en el aparcamiento del trabajo y lloró. Estaba tan avergonzada de sí misma. La manera en la que actuó la noche anterior no se parecía en nada a como ella normalmente actuaba, tan diferente de su ordinaria vida que había construido cuidadosamente. Ella había esperado la progresión natural de elegir piso, mudarse, decorarlo, después irse de vacaciones y quizá el compromiso. En vez de eso, estaba soltera con una repentina y no planeada mancha en su historial de la cama, por decirlo de alguna manera. Estaba avergonzada de haber usado a Jack así, haber cogido confort y placer de él y después deshacerse de él cruelmente como ningún hombre había despreciado a Marj. Britt se sorprendió de descubrir que podía calmarse, limpiarse el maquillaje y parecer como que nada había cambiado, ni rupturas ni encuentros que contar.

Se fue a su cubículo y se conectó, comprobando los emails y actualizando las hojas de cálculo. Un mensaje apareció en su escritorio anunciando la fiesta por la jubilación del jefe idiota la semana siguiente. Ella era la responsable de llevar tenedores...la variedad de plástico, no los malditos tenedores de hierro aunque parecían más apropiados. Se puso un recordatorio en el móvil y vio un mensaje de Marj.

– ¿Aceptó K el jardín en la azotea?

–No. Aceptó irse con una llamada Corinne. Hemos roto. –le contestó.

– ¿QUEEEEEEEEEEEEEEEÉ? –fue la respuesta.

–El infiel siguió adelante. Sin jardín, sin apartamento. –le volvió a contestar.

–Espero que le pase una ETS. –fue la contestación de Marj.

–Necesito quedar para comer. ¿Estás libre?

–Sí.

Hasta la hora de la comida tenía que decidir qué contarle a Marj...cuánta parte de su humillación, las proposiciones a un extraño en el bar, llevárselo a casa...eso decidió contarle. Britt tramitó los

movimientos en el trabajo, demasiado distraída por una combinación de odio propio y flashbacks de un sexo fantástico para concentrarse realmente en el trabajo. Cuando el idiota del jefe apareció para preguntarle las mismas preguntas, ella le dijo que tenía que ir al baño y se retiró allí para esquivarle.

Britt comprobó el teléfono. Había seis mensajes más de Marj difamando a Kevin, a sus parientes, su destreza sexual y sobretodo su inteligencia. Britt sonrió ante alguno de los insultos tan creativos.

Había también un email de una dirección que no conocía. Aun así, la dirección daba alguna pista...Jackguit-artist@fitzmail.com. Reflexionó duramente. ¿Habían intercambiado los emails? Sí, lo habían hecho. Se acordaba perfectamente. Se lo había escrito en una servilleta junto con su teléfono, cuando hablaban casualmente en el restaurante. Él la guardó en su bolsillo. Con temor, abrió el email.

Britt

No te asustes. No soy un acosador. Simplemente quería decirte que estoy contento de que nos conociéramos. Estoy contento de que me llevaras a casa. Fue una noche increíble, y me gustaría verte de nuevo si tú puedes recuperarte de tu ataque de recriminación propia y el pelo de bibliotecaria siniestra. Ahora tienes mi dirección de correo electrónico. Espero que la uses.

Jack

Eso era tan...él. Tan encantador, irresistible y accesible. Igual que cuando le mandó el margarita, había sido considerado pero no agresivo. Era completamente injusto que él que era tan guapo tuviera juego. Si la vida fuera justa, él sería guapo pero extraño. Aun así, ella tenía que recordarse que él tenía juego, pero no sentimientos. Era un tío que mandaba bebidas a mujeres en un bar. Un tío que recogía chicas. No un hombre. No el tipo de hombre que ella necesitaba en su vida, uno con el que ella pudiera tener estabilidad, apoyo y amabilidad. No quería una tormenta con rayos, simplemente alguien del que pudiera depender. Jack no pegaría en su vida. Él era demasiado, demasiado excepcional, demasiado

explosivo. Era para pasar un buen rato que era lo último que ella necesitaba.

Ahora le había escrito un email. Era un shock que después de todo hubiera contactado con ella.

Eso iba probablemente en contra de las normas de las aventuras, pensó ella. Si había reglas en las aventuras, ella no las sabía, lo que era parte del problema. A ella le gustaba demasiado, y él era la manera infalible de arruinar su vida completamente. Tenía que dejar que fuera un pequeño error y que pudiera dejarlo en el pasado y olvidarlo. No dejar que se hiciera más grande y empezara a distraer su atención y hacerle actuar como una adolescente guarrilla enganchada. Así era exactamente como él le hacía sentir, como si quisiera escribir su nombre en el cuaderno cien veces y dibujar corazones alrededor en morado. Britt quería golpearse en la cabeza con el muro de separación de los baños hasta que lo rompiera.

Capítulo 7

Jack le había mandado un email. Lo leyó una y otra vez, solo por el placer de saber que sus palabras eran para ella. Lo revisó para encontrar significados ocultos, un mensaje sexy secreto. Pero parecía ser una situación de 'lo que ves es lo que es', que es como ella veía a Jack. Él se había sentado en ese bar pareciendo que tenía sexo entre las piernas, que era, de hecho, lo que había acabado pasando. Ella leyó el email una vez más, solo para darle el gusto a su fantasía.

La fantasía estaba ya uniéndose en su mente. Era muy adolescente y tenía a Jack llevando sus vaqueros ajustados sin camisa, lavando el coche. El coche de Britt, ese pequeño vergonzoso Nissan gris sin estilo y un buen gasto de gasolina. Ella cerró los ojos y allí estaba él, creyendo que metía una gruesa esponja en un cubo con agua y jabón y frotándola por el capó, haciendo grandes círculos al frotar, quitando el polvo y la suciedad. Gotitas de agua bajaban por su pecho después de salpicarse. El agua resplandecía con el sol, así que parecía que su pecho brillaba, como algo fuera de Asgard en el Universo Marvel solo que infinitamente más caliente. Él cogió el cubo y lanzó el agua con jabón por el coche. En su fantasía, ahí era cuando ella salía, quedando empapada por el agua.

Después Jack andaba alrededor del coche para cogerla y quitarle la ropa mojada.

–Tendremos que calentarte. –ronroneaba, levantándola y poniéndola encima del capó del coche.

La fibra de vidrio caliente debajo de sus muslos desnudos casi la chamuscarían, resbaladiza y mojada. Apoyándose sobre los codos, ella le sonreiría expectante. Él desabrocharía rápidamente su sujetador, dejando que sus pechos se liberaran. Hambriento, Jack lamería la carne del pecho, con su caliente lengua moviéndose rápido hacia el pezón, calentándola pero conteniéndose. Ella le agarraría el pelo, intentando guiarle, intentando llevarle hasta que él le diera lo que ella quería. Sus manos mojadas viajarían por la caja

torácica, por encima de su otro pecho, por la clavícula hasta que sus dedos se curvaran alrededor del cuello. Él la empujaría para que ella le besara, su boca caliente pidiendo la de ella. Britt lo podía ver todo claramente, podía casi sentir el contacto de sus lenguas, sus avariciosas manos agarradas uno con el otro. Incluso en su fantasía, ella no podía esperar.

Su boca caliente sobre el cuello, sus fuertes manos llegando hasta los pantalones cortos, quitándoselos para poder tocarla. Ella se arquearía hacia él, para que él se subiera al capó, y así su cuerpo cubriría el de ella mientras que ella presionaría con sus dedos pidiendo más. Respirando fuerte, susurrando órdenes, ella buscaría el botón y la cremallera para quitarle los vaqueros.

Britt resopló, deteniéndose. Jack estaba en su mente. Era por ese email. Él le había pillado con la guardia baja y se había vuelto loca. Ella se sentía caliente y necesitada. Deseaba contestarle el mensaje, decirle que entrara al baño de las chicas inmediatamente y calmara su tensión. Se ruborizó solo de pensarlo, la idea de Jack entrando al baño, cerrando la puerta y susurrando “Estoy aquí, cielo. Sal de donde estés”.

Britt abriría la puerta del retrete y saldría, con la blusa ya desabrochada y sus labios separados, esperándole. Jack sonreiría y diría algo como que había estado esperando una respuesta a su mensaje, pero esto era mucho mejor de lo que se había imaginado. Después, ellos estarían en los brazos del otro de nuevo, besándose, agarrándose, tocándose. Él deslizaría su boca hacia la mandíbula, detrás de la oreja, y le levantaría la falda hasta la cadera. Ella se montaría sobre su rodilla, presionándole mientras sus manos le tocaban los pechos frenéticamente, pellizcándolos sensualmente. Britt empujaría su vaqueros hacia abajo con una mano, sorprendiéndose del tamaño, y rigidez hasta que ella no pudiera aguantar más.

Jack la giraría hacia el espejo, sus manos sobre la encimera y las de él deslizándose por su espalda mientras ella se inclinaba. Ella le miraría por el espejo mientras él la penetraba, empujando tan

adentro que ella se ruborizaría al ver su expresión excesiva, pidiendo más y más profundo, no gemidos castos, sino exigencias de mujer. Jack se esforzaría por hacerla disfrutar con poderosas penetraciones, hasta que ella gritara muy fuerte en los confines del baño, y sus gritos resonaran en los azulejos cuando ella saliera. Después él la agarraría. ¿No la había agarrado toda la noche? Por supuesto, la agarraría, le acariciaría el pelo y le diría lo guapa que es besándola suavemente.

Su fantasía era patética. Se mordió el labio de abajo para no llorar. Quería a Jack, no en el pensamiento. Todo él. Leyó el email de nuevo, intentando convencerse de que no había esperanza.

Que no era otra cosa que locura.

Respiró muy profundamente y lo borró. No quería la tentación. Podrían fácilmente empezar una relación de amigos con derecho a roce. Le dio vueltas a la idea por un momento...los beneficios eran indiscutiblemente tremendos. Comenzó a sudar solo al pensar en él de nuevo. Era muy peligroso. Por un lado, era irresponsable continuar echando polvos con un tío que había conocido en el bar. Por no mencionar que era inmaduro, y que era muy probable que acabara enamorándose de él. Eso es lo que hizo que se le pusiera un nudo en la garganta y se asustara por completo.

Un hombre que agarraba así, que la tocaba de ese modo estaba ya a mitad de camino de su corazón. No se podía permitir involucrarse con un músico desempleado, un hombre aniñado con el que se divertía mucho y que era completamente poco práctico. Ella tenía muchas cosas pero no había sido nunca poco práctica, ese podía ser su gran pecado.

Puede que hubiera sido aburrida. Puede que hubiera sido rígida, tradicional, puritana. Pero nunca, ni un solo momento, había sido frívola, hedonista, imprudente...todos esos tontos sentimientos que había borrado de la noche anterior. Estaba asustada de esos sentimientos. Lo que había sentido por Kevin pegaba en una bonita y ordenada vida. Estaba feliz cuando tenían planes juntos, pero estaba igualmente contenta de estar a su bola la mayoría de las

noches. Él rellenaba un hueco en su vida para que no se sintiera soltera. Él no curaba la soledad pero mejoraba las apariencias para que nadie se le acercara a ella y le pidiera una cita cuando había una fiesta en el trabajo. Era terriblemente conveniente, serio y dependiente...hasta que empezó a tirarse a Corinne, claro. Pegaba perfectamente, sin sobrepasar los límites que ella le ponía. A Jack, estaba segura, no se le podía atar, cercar ni dejarle en una esquina de su vida. Él pondría los dedos por todo su cuerpo y su vida entera, su humor, sexualidad y energía pura le sobrepasarían. Él era un riesgo y ella prefería jugar sobre seguro. Se deshizo del email y vació la carpeta de emails borrados para estar segura de que no podía rescatar el mensaje y contestarlo en un momento de debilidad o deseo.

Necesitaba a un hombre como Kevin, solo que fiel. Un profesional, empleado y estable con metas y ambiciones similares. Un buen apartamento en un buen barrio. Un coche mejor. Viajes internacionales. Un día, una boda y más viajes, posiblemente clases de cocina juntos. Maletas de diseño y un diamante de esmeralda que podría golpearte 10 millas para atrás de lo que brillara. Ella tenía sueños, pero necesitaba un ancla, un hombre en el que pudiera confiar. No un guitarrista al que le quería lamer por todos lados. Eso era inconveniente y el polo opuesto de lo que necesitaba.

Capítulo 8

De vuelta a su escritorio, contestó al jefe la pregunta, de nuevo. Jubílate rápido, pensó furiosa al golpear la tecla de enviar. Cambió el depósito directo de algunas nóminas y ya era la hora de comer, por fin. Bajó a la cafetería y se encontró con Marj. Marj le dio un gran abrazo que olía a colonia de vainilla azucarada.

–Ese completo gilipollas. Lo mataría.

–Me tiré a un tío.

– ¿Qué? ¿QUÉ?

–Siéntate y baja la voz. No lo estoy celebrando. Me estoy...confesando.

– ¿Se supone que te tengo que perdonar? Porque no te bendigo hasta que no me des los detalles. –

bromeó Marj.

–Me mandó un margarita en el bar después de que Kevin me dejara. Yo fui hacia él, hablamos y cenamos juntos, y después compartimos un taxi hasta mi apartamento.

– ¡Oh, Dios mío! ¡Estoy tan orgullosa de ti! Es como si mi niña pequeña estuviera creciendo.

– ¿De qué hablas? Tenemos la misma edad.

–Pero tú estás a kilómetros de distancia de mí en madurez y experiencia. Tú nunca has aprendido que el sexo puede ser divertido y libera estrés. Lo tienes que hacer todo tan serio.

–Es que es serio. Es muy íntimo.

–Ahí está. Es un juego que se juega desnudo.

–No es un juego. El parchís es un juego.

–Supongo que también podrías jugar a eso desnuda.

– ¡Marj! –se rio, sintiéndose mucho mejor ahora.

–Bueno, entonces, ¿cómo era?

–Pelo negro, un poco grande, pero es un guitarrista, así que te harás una idea.

– ¿Un guitarrista bueno con las manos?

–Demasiado.

– ¿Mejor que Kevin?

–Cielo, esta servilleta sería mejor que Kevin.

– ¿De verdad? Quiero decir que no es que tuviera la palabra semental escrita por todos los lados, pero no sabía que era tan malo.

–Lo era.

–Entonces te has deshecho de él. Este otro chico... ¿cómo se llama?

–Mejor no te lo digo. –dijo ella mordiéndose el labio.

– ¿Qué más me puedes decir del guitarrista?

–Era divertido. Fantástico en la cama....bueno en el sofá realmente. No lo hicimos en la cama hasta más tarde.

–Oh... sexo en diferentes superficies. Este chico se va a llevar mi aprobado. ¿Delgaducho, gordo o musculado?

–Digamos que musculado. Un cuerpo genial pero no mazado.

– ¿Tatuajes?

–Uno en la muñeca.

– ¿Qué ponía?

–No lo leí. Lo lamí y continué.

–Ah, eres una de las mías. –se rio, Marj. – ¿Le vas a volver a ver? ¿Te dio su número?

–No y no. Básicamente le he echado a patadas esta mañana.

–Espera, ¿qué? ¿Que se quedó toda la noche?

–Sí, no estaba planificado. Nos quedamos dormidos y ya está.

–Claro. Porque es tan común estar lo suficientemente cómoda al lado de un extraño que te acabas de tirar como para dormirte. Créeme que no. Ni siquiera puedo dormir si alguien está respirando demasiado fuerte en la habitación de al lado. Por eso no tengo compañeros de piso.

–Su respiración no me molestaba. Fue todo una mezcla de los margaritas y los orgasmos. Me quedé dormida y se quedó dormido. Desperté con pánico y le eché a patadas de ahí.

– ¿Fue tan repulsivo?

–No. No quería faltar al trabajo.

– ¿De verdad?

–Si le hubiera dejado ahí tumbado en mis sábanas un minuto más habría acabado encima de él. De nuevo. –suspiró, soltando todo el aire al expirar.

–Cielo, si es tan bueno, queda con él de nuevo.

–De ninguna manera. Salí de una relación anoche. Necesito tiempo para curarme y cerrar la relación.

–La relación está cerrada. En vez de eso, sigue adelante.

–Aprecio tu apoyo, pero no quiero sembrar avena loca. Estás pensando como tú, no como yo.

Necesito estabilidad, calma y fechas para los eventos del trabajo.

–Hablando de eventos del trabajo, ¿has pensado ya lo del regalo para la despedida del idiota del jefe?

–Aún no.

–Diez dólares.

– ¿Si pongo veinte se pirará ya?

–No. No hay garantías. Le vamos a coger un pastel y unos gemelos.

–Bastante bien teniendo en cuenta que es un gilipollas.

– ¿Te ha llegado ya el email?

– ¿Cuál?

–El que el jefe mandó sobre su fiesta.

–Lo borré directamente. Me imaginé que era para dar las gracias.

–No. Pensó que sería divertido si hiciéramos sátiras y números de baile para él.

–Supongo que piensa que nos desnudaremos. No creo. Demasiada suerte tiene de que le demos un pastel.

–Estoy de acuerdo. Nadie en mi departamento quería hacerle sátiras tampoco. Excepto Luke y el que sugirió hacerlo sobre un grupo de terapia para gilipollas, así que dudo que sea bien recibida.

–No es verdad. A mí me gustaría.

–A mí también pero he escuchado que el nuevo jefe va a venir así que no queremos humillar al antiguo delante de él.

–No tengo ganas de conocerlo.

–Pensé que habías buscado sobre él.

–Y lo hice. Pero eso no significa que Phillip Fitzsimmons no sea tan borde y machista como lo es Freeman.

–Dijiste que estaba metido en cosas de caridad con niños. Eso es una buena señal.

–Se podría pensar eso, pero es todo para la imagen pública. Supongo que soy cínica por cómo es trabajar aquí, chistes guarros y el restregarse contra las mujeres. Bueno y el hecho de saber que te han contratado por el aspecto, porque soy la única mujer que pidió el puesto.

–Esperemos lo mejor. Los cambios son para bien.

Capítulo 9

Britt no tuvo ningún email más de Jack, el guitarrista, pero estaba en sus pensamientos y en sus sueños. Se despertaba a menudo, respirando fuerte, recordando. Se paraba, deseándole mucho durante el día. La locura retrocedía. Ella se imaginaba que había sido un desarreglo natural después del mejor sexo de su vida. Probablemente la mayoría de la gente actuaba de forma ridícula después de un polvo increíble, pero ellos estaban, seamos justos, en la universidad y no con su edad, no una contable seria que nunca había actuado así. Durante días, ella se lo sacaba de la cabeza cuando estaba despierta, para tener fragmentos del polvo solo en sus sueños. No podía olvidar sus ojos, el azul tan intenso casi negro. No podía dejar atrás la manera en la que la miraba, no la trataba como a una cualquiera, sino como si ella fuera alguien que le importara. Britt no podía creer que estuviera tan insegura por un tío de una noche que había sido amable con ella y que la había dejado con una resaca de amor. Estaba poco a poco colándose por un hombre cuyo email había borrado, cuyo interés había rechazado. Él no era adecuado para ella, y lo sabía. Era simplemente un montón de diversión, algo que había echado de menos en su vida durante mucho tiempo.

Una tarde se paró en el escritorio de Marj.

–Cariño, estás hecha mierda. ¿Qué te pasa? –preguntó Marj.

–Le echo de menos. ECHO DE MENOS al tío que me tiré. Eso es lo que me pasa. No puedo comer y no me entra hambre. A menos que vea donuts, como esta mañana, que entonces me como tres. Pero no puedo comer normalmente. Tampoco puedo dormir, a menos que cuente sueños sexuales, que son agotadores ya... ¿qué puedo hacer, Marj?

–Eres un caos caliente hoy. Creo que tienes que hidratarte. Aquí tienes un poco de agua. –y le acercó una botella de agua y Britt obedientemente bebió.

–No ayuda. Aún quiero encontrar su número y mandarle un mensaje.

–Pues hazlo. ¿Quién dice que un tío de una noche no puede acabar en una relación?

–No quiero una relación con un vago guitarrista que liga con mujeres.

–Entonces, ¿por qué le vas a mandar un mensaje? Pensé que estabas loca por él.

–No estoy loca por él. Quiero que restaure mi cordura.

– ¿Te la robó?

–Sí. Fue demasiado bueno en la cama. Nunca me había acostado con nadie y me había distraído después al recordarlo.

–Entonces, has estado con los hombres incorrectos. –observó Marj.

–Probablemente. La cosa es que ahora tengo esta, no sé, locura de sexo que nunca había tenido.

Lo quiero. Otra vez. Una y otra vez.

Marj se rio.

–Cielo, quizá apúntate a un gimnasio.

–Eso no me va a dar el tipo de endorfinas que quiero.

–Lo decía porque tal vez te puedes tirar al buenorro del gimnasio. –bromeó Marj.

–No me estás ayudando. Necesito volverme a concentrar en mi trabajo y ponerme al día con los mensajes de voz y no sé, hacer limpieza del armario.

–Deshazte de esa camisa fea que llevas. No tienes setenta años, Britt. Deja de vestir así.

–Tengo un vestido sexy y parece que es el que me metió en este problema. Estoy desnudando mentalmente al chico de mantenimiento ahora, te lo juro.

–Tiene unas piernas bonitas.

– ¡Es calvo!

–Vale, punto para ti. La cosa es, Britt, si quieres seguir adelante, sigue adelante. Si quieres olvidarte de él, entonces hazlo. Pero decídetelo de una puta vez. No puedes dividir tu concentración en quererle y lloriquear porque no le quieres.

–No deberías convertirte en terapeuta. Eso ha sido cruel.

–No, ha sido la verdad. –insistió Marj. –Estás todo el rato “¡oh, estoy avergonzada!” y después, devoras donuts y fantaseas con cualquier hombre que pasa por aquí. Menos mal que Freeman no está por la oficina hoy. Si llega a estar, puede que le hubieras acechado.

–No voy a llegar tan lejos. Gracias por el agua y el amor. Ahora me voy a mear.

–Al menos toda esa agua te ha dado algo en lo que pensar. – contestó Marj.

El día de la jubilación llegó y ella se puso un pañuelo sobre su botón desabrochado como tributo al buen humor. En unas ocho horas, Freeman se habrá ido, y su reino de machismo manoseador se habrá acabado. Ella llegó al trabajo más feliz de lo que había estado en días. Revolvió hojas de cálculo y comprobó de nuevo algunos números. Actualizó los documentos de deducciones del negocio. Cuando dieron las dos, hora de la fiesta, estaba más que lista. Entraron todos juntos a la sala de conferencias de la firma con dos litros de soda templada, vasos de plástico, una bandeja con el pastel y lo que parecía que eran platos de papel con decoración de navidad. Cuando Marj pidió un cuchillo para partir la tarta, un sorprendente número de empleadas femeninas dijeron que tenían uno en sus cajones de los escritorios, y todos se rieron excepto Freeman, que no pilló la broma.

Dio un discurso interminable sobre el tiempo que había estado en la firma y como había llegado a preocuparse de todos ellos como si fueran de la familia. Después, aceptó los gemelos, dio las gracias y anunció que iba a presentar a Phillip Fitzsimmons, el nuevo director general de operaciones.

–Phil acaba de terminar en la empresa FZ Comunicaciones y quería un nuevo desafío...una empresa de consultoría que puede dirigir hasta un mejor momento, igual que convirtió su empresa en una compañía multinacional. Con él, viene su hijo pequeño para añadir su talento, en el diseño gráfico, a nuestro equipo de

márquetin. Por favor, demos la bienvenida a Phil Fitzsimmons y su hijo Jack.

Todo el mundo aplaudió excepto Britt que sabía instintivamente que, no importaba lo común que fuera el nombre de Jack, estaba destinado a ser el Jack que no quería volver a ver, con el que soñaba cada noche y que tenía el potencial de tirar por tierra su vida profesional igual que había invadido sus fantasías. Allí estaba él, en traje y corbata, sin vaqueros ajustados y camisa desabrochada. Su pelo estaba engominado hacia atrás y parecía como otro hombre, uno un poco más atractivo, quizá. Vale, momento de confesar. Estaba para comérselo.

Jack.

¡Oh, dios mío!

Su corazón latía un millón de veces por minuto. ¿Cuáles eran las posibilidades de que se lo volviera a encontrar? Esto era como una película de larga duración. Y de todos los lugares en los que se lo podía encontrar, ¿por qué en el trabajo?

Su padre dio un discurso de cómo sus doctores le habían dicho que tenía que quitarse de tanto trabajo, pero como estaba aburrido en el campo de golf, había cogido este nuevo proyecto.

Todo el rato, Britt miraba fijamente a Jack. Allí estaba él, el hombre que la había llevado más allá de los límites solo con los dedos; que había besado su boca hasta hacerle olvidar quien era. Un hombre con el que ahora tendría que trabajar. Su empresa solo tenía un piso en el edificio. Estaba atada a correr hacia él. Justo entonces, decidió dejar el café, para así no tener que ir a la sala de descanso. Se llevaría una botella de agua de casa. Eso estaría bien. Marj trabajaba en márquetin.

Tendría que dejar de visitar el cubículo de Marj. Eso sería lo que le pasaría a su vida social. Ella gimió.

– ¿Estás bien? –susurró Marj. Britt asintió con los ojos bien abiertos mirando a Jack sin perderlo de vista un segundo.

– ¿Te estás colando por el nuevo tío?

–No, simplemente me recuerda a un tío que conocí en el colegio.
–mintió Britt, sin quitar los ojos de él. Esos ojos azules oscuros, los largos dedos, el poco pelo oscuro en sus muñecas y manos que le mandaban morderle los labios. Estaba sobrecargada sensorialmente. Estaba asustada de que se arrojara sobre él y le suplicara. Así que pretendió que le recordaba a un compañero de clase, e intentó aparentar indiferencia.

–Nadie de los que fue conmigo al colegio está así. Panda de perdedores bebiendo barriles.

Marj rio por la nariz. Britt asintió sin molestarse en reír. Estaba demasiado concentrada en él.

Capítulo 10

Después de los discursos de bienvenida, Freeman empezó a guiar a los hombres Fitzsimmons por la habitación para hacer presentaciones. Tardó un montón en llegar a Britt, y ella pensó seriamente en escabullirse al baño y esconderse. Quita, se quedó donde estaba, sabiendo que en algún momento tendría que enfrentarse a él. Estaba pestañeando fuerte, limpiándose el sudor de las palmas de las nerviosas manos en los pantalones.

– ¡Ah! Phil, Jack, aquí está mi contable favorita, Brittney Collier. Brittney este es mi sustituto y su hijo. –dijo Freeman, poniéndole una mano en la espalda aunque su mano aterrizara penosamente cerca del culo.

Britt fue capaz de esbozar una sonrisa y se alejó un poco de Freeman. Se acercó a dar la mano y esperó que fuese una buena táctica.

–Encantada de conocerles a los dos. –dijo Britt.

Phillip Fitzsimmons le estrechó la mano.

–He estado leyendo que es bueno ponerle cara al estado financiero. –dijo él. –Mi hijo está más en el lado creativo de las cosas.

–Encantado de conocerla, señorita Collier. –dijo Jack suavemente.

–Puede llamarme Britt, señor Fitzsimmons.

–Jack. –dijo él.

Ella notó que sus pupilas se enrojecían al recordar cuando gritaba su nombre. Era un esfuerzo actuar normal, desinteresada. Quería cogerle la cara con las manos y besarle durante una hora. O quería que se fuera donde no tuviera que verlo de nuevo; donde no tuviera que sentirse temeraria o fuera de control de nuevo. Le miró durante mucho rato, con mucha intensidad. Su padre probablemente pensó que era una acosadora en potencia por la manera en que miraba a Jack.

Intentando recomponer la compostura, aunque la palma de la mano ardía donde él se la estaba estrechando, habló, diciendo lo

primero que se le ocurrió.

–Jack, asegúrate de que rellenas formulario sobre la renta y me lo das con tu número de ruta. De esa manera puedo darte tu depósito directamente lo más rápido posible. –dijo ella con la voz quebrada, maldiciendo por dentro por ser tan aburrida.

–Lo haré. –dijo, soltándole la mano y moviéndose hacia las siguientes presentaciones sin mirar para atrás.

Mírame, pensó ella. Pero él no se giró.

Britt se quedó en la fiesta tanto tiempo, que se comió otro cacho de tarta con todo ese azúcar por encima y la cobertura de mantequilla, solo como excusa para estar por ahí y mirarle. Una palpitación empezó en su frente entre los ojos, probablemente por el azúcar, o por el esfuerzo de desearle a su lado. Él estaba allí, sin preocupaciones, con las manos en los bolsillos hablando y riendo con el equipo de márketing al que se había unido. Como si ella no estuviera allí. Como si ella no se hubiera acostado a su lado y le hubiera besado la boca, escuchando su gemido final. Como si ella no fuera nadie para él.

Atragantándose con lo que sospechaba que eran lágrimas, Britt tiró el plato de papel y se giró para rellenarse otro vaso de plástico con un asqueroso ponche azucarado rosa. Notó una mano sobre su hombro, y antes de girarse, ya sabía que era él. No por familiaridad realmente, sino por una chispa de reconocimiento; chispas que saltaban cuando su cuerpo tocaba el de ella. Se giró para mirarle y su mera presencia le conmovió. Esbelto y fuerte, relajado, tan casual incluso con traje. Él estaba cómodo en su piel, se dio cuenta ella, de la misma manera que ella estaba incómoda en la suya tanto si llevaba un vestido sexy azul o una blusa conservadora.

Cada conflicto que había tenido esta semana le atormentaba entonces. Cada pensamiento sucio, cada momento de auténtico pánico de que arruinara su vida le bombardeaba ahora al mirarle de nuevo. Nada de esto era irracional, se dio cuenta. Se había estado regañando a sí misma cada día por un rollo de una noche desproporcionadamente. Aquí estaba él, en carne y hueso,

arrastrando con él un infierno de complicaciones. Él era el hijo pequeño de su nuevo jefe. Él era ahora su compañero de trabajo, familia directa de su último supervisor. Era alguien con el que no se podía follar, con el que no te podías acostar y deshacerte, como ella había hecho. ¿Qué pasa si ahora volcaba su rencor sobre ella? ¿Qué pasa si, incluso peor, estaba casado? ¿O si empezaba una relación con alguien de la oficina? Ella estaría tan celosa, que solo pensar en él con otra hizo que se le revolviera el estómago.

Este hombre era demasiado peligroso tanto para su profesionalidad como para su personalidad. Podría acabar con el corazón roto y sin trabajo, si ella andaba detrás de él. Si ella iba hacia él de la manera en la que quería, con tanta ferocidad, acabaría en odio.

Le estaba volviendo loca. Se sentía loca, como si no fuera capaz de hacer un discurso racional.

Como si fuera a abrir la boca para decir algo aburrido sobre formularios de renta y en vez dijera: *fóllame, por favor, Jack*. Ella le suplicaría, se sentía tan fuera de control. Era una obsesión sexual, se dio cuenta, como aquella gente patética que va a programas de la tele a arruinar la vida de todo el mundo por perseguir a alguien que no les quiere, insistiendo con tremenda seguridad que el objeto de su acoso se sentiría igual. Era exactamente lo que ella pensaba de él... *él tiene que sentir algo si yo siento todo esto*. Britt se dio cuenta de lo estúpida que estaba siendo por pensar así. Mirándole ahora, todo en lo que podía pensar era en lo mucho que lo deseaba. *Cógeme*, pensó ella, deseando que pudiera hablarle a su mente; deseando poder hacerle quererla de nuevo de esa manera, o hacerle irse y nunca volver. ¿Cómo iba a poder pasar página si le iba a ver todos los días?

Había una mancha azul en la esquina de su boca. Ella sonrió al verlo. Un trazo de imperfección azul en su perfecto armazón; la despreocupada cara que le enseñaba al mundo. Sin pensar, Britt levantó la mano y le tocó la cara, quitando la mota azul con el pulgar. Tímidamente, quitó la mano, dándose cuenta, demasiado

tarde, de que le había tocado delante de la empresa entera. Quizá no todos estuvieran mirando en ese momento pero seguro que se corría el rumor.

Sonriendo, él llevo la punta de la lengua a esa esquina de su boca experimentalmente.

–Era un buen pastel, ¿qué más puedo decir? –observó él.

–El primer trozo estaba bueno, El segundo me va a dar un subidón de insulina. –confesó ella, sintiendo el pesado trozo de tarta azucarada en su estómago. No estaba segura de si quería meterle mano, huir o vomitar. Era una mezcla perfecta de ansiedad social, junto con tensión sexual.

–Así que trabajas aquí. En el pequeño proyecto de jubilación de mi padre. –observó él de forma natural, no muy amable. De hecho, lo suficientemente neutral como para que ella se sintiera decepcionada.

– ¿Cómo puede ser un proyecto pequeño ser director general de operaciones?

–Sus médicos le dijeron que lo dejara. El estrés y el horario eran malos para su problema de corazón. Pero no puede dejarlo, no completamente. Así que esta es la respuesta, coger una pequeña aventura para convertirla en algo grande.

– ¿Vamos a cambiar la imagen? –preguntó ella, alegrándose de pensar en una pregunta relevante para preguntar.

–Algo así. Pone su sello en todo lo que hace. Tengo que decir que estoy contento de ver una cara conocida. Para mí es una mierda trabajar con mi padre.

–No entiendo por qué. No puedo imaginar nada más duro que trabajar para la familia. Son los últimos en tener misericordia sobre ti. –dijo ella, sintiendo afinidad con el ahora, empezando a simpatizar, a mirarle como un ser humano y no solo como el objeto sexual al que quería tirarse sobre el capó de su Nissan.

–Exactamente. –estuvo de acuerdo él.

–Trabajé en la tienda de mi madre un verano, barriendo y lavando el pelo a la gente. Los cuatro dólares la hora más duros que

he conseguido. Nada de lo que hacía era suficiente.

– ¿Te despidió?

–Sí, solo después de decirle que preferiría robar un banco a trabajar para ella ni un solo día más.

–Britt sonrió con culpa.

–En realidad lo dejaste tú. –le corrigió Jack.

–En realidad amenacé con cometer un delito. –aclaró con picardía.

–Lo intentaré por esa línea con mi padre cuando me saque de mis casillas. –dijo él con una sonrisa torcida que hizo que a ella se le acelerara el pulso.

–Pensé que estabas intentando que *no* le diera un ataque al corazón. –señaló Britt.

–Tienes razón. Lo intentaré para echarme unas risas entonces. –dijo él, con las manos aún en los bolsillos, manos que ella quería por todo su cuerpo.

–Es extraño tenerte aquí. –dijo ella.

– ¿Por qué? –preguntó él, pareciendo sinceramente asombrado.

–Porque nosotros, porque yo...sabes el porqué. –dijo ella.

–Pensé que me podrías enseñar la empresa. Donde estás las máquinas expendedoras, el baño para ejecutivos, ese tipo de cosas.

Cuando mencionó el baño, sabía que se había puesto roja. Recordó su detallada fantasía sobre Jack uniéndosele en el baño de las chicas para una tarde de pasión en frente del espejo. No tenía mucho que ver con lo que él estaba pensando, obviamente, pero desencadenó un flashback bastante gráfico. Ella sabía que era mala idea hacerle un tour. Acabaría enseñándole el armario de mantenimiento, bajándole los pantalones y yendo a por todas. ¿Dónde se habían ido su profesionalismo y cordura? Se preguntaba miserablemente. Una mención del baño la llevó a un frenesí de deseo por Jack. Se quería reír pero era demasiado patético. Tenía que pensar en una manera de enseñarle la empresa.

–Estoy segura de que tu padre hará que alguien te oriente. O te pondrán las máquinas expendedoras donde tú quieras.

–No haré esas mierdas de pedir cosas. Yo estoy aquí porque me gusta el diseño y el márquetin. –

dijo él un poco hosco.

–Estoy segura de que eres muy bueno en eso, también. Mis amigos Marj y Luke trabajan en márquetin. Te enseñarán las cuerdas. He leído grandes cosas sobre tu padre. Espero que lo acomode a la cultura de la empresa.

–Sin meter mano, ¿no? Estoy seguro de que lo pondrá en el nuevo manual del empleado. Él siempre pone a toda la plantilla un entrenamiento cuando coge un nuevo negocio. Hace que se aclimaten al tipo de lugar que a él le gusta llevar. Amabilidad y eficiencia son su lema.

– ¿Así que tú eres amable y eficiente?

–Prefiero sexy e imparable. –bromeó él.

–Eso lo puedo asegurar yo. –murmuró ella y después se ruborizó.

–Si no lo puedes asegurar aún, siempre me puedes enseñar el baño de los ejecutivos. –sugirió él.

Britt notó como se ruborizaba por todos lados, desde los dedos de los pies hasta las orejas. Sabía, concluyentemente, que el tren de pensamientos de Jack era paralelo al suyo.

Capítulo 11

Se regañó a sí misma por actuar sin cuidado, por llevarse a casa a un extraño que resultó ser el hijo de su nuevo jefe y la nueva incorporación a la empresa. Este era un error que le iba a perseguir cada día, de lunes a viernes, para siempre, gimió en sus adentros. Dejó la fiesta pronto, rogando tener trabajo que completar. De vuelta a la paz de su cubículo, hizo bien en ponerse con esa declaración y cerrar una pila de facturas que tenía que grabar. Acabó con mucho tiempo, se puso derecha y miró el reloj. Cuando volvió a mirar al monitor, Jack estaba allí, en la puerta de su cubículo.

–Te he traído mi formulario de renta. Estoy solo a tiempo parcial así que no te molestes con los beneficios.

– ¿Quieres depósito directo?

– ¿Escuchaste el discurso de mi padre? –sonrió. –Él y yo estamos trabajando aquí por un dólar cada uno. No necesitamos el dinero, y nuestros salarios pueden ayudar al capital operario para la expansión. Así que un cheque valdrá. Estaré dentro y fuera. Tengo un proyecto de software en marcha.

– ¿Esto es solo un hobby para ti?

–Algo así. –dijo él encogiéndose de hombros.

– ¿De verdad tocas la guitarra?

–Claro que sí. Hago todo tipo de cosas. Hice los gráficos para el software de un amigo. Hago máquetin para mi padre. –dijo él. – Mira, no te voy a guardar rencor simplemente porque no estuvieras interesada y yo sí. No te voy a acosar. No te voy a poner las cosas difíciles. Así que te puedes relajar.

–Estoy bien.

–Estás bastante estresada. Veo la vena en tu frente.

–Gracias. –dijo ella fríamente.

–No quiero que te sientas incómoda cerca de mí. Además que no estaré mucho por aquí.

–Está bien saberlo.

– ¿Te he ofendido?

– ¿Además de por hablar de la vena de mi frente y asumir, egoístamente debo añadir, que estoy palpitando porque has entrado en mi lugar de trabajo? Perdona porque no me supere el deseo al arrepentimiento. Tengo un nuevo formulario de renta que meter. – dijo ella secamente, con la cara en llamas mientras él se iba.

¿Por qué había sido tan antipática? Se preguntó. ¿Había estado tan intimidada? ¿Realmente esa atracción que ella sentía le hacía ser tan agresiva y loca? Él no había hecho nada excepto ser un tío caliente que había aparecido en un sitio en el que ella no quería verle. Dejando caer su cabeza sobre el escritorio, gimió en voz alta.

– ¿A qué viene ese gemido? –bromeó Marj.

–He sido una completa borde con el hijo del jefe. Me trajo su formulario y...

– ¿Estabas poniendo en orden tu escritorio? Te pones siempre un poco tonta cuando te interrumpo tu pequeño ritual TOC.

–Sí, estaba ordenándolo.

–Aprenderá a llamar a la puerta. Todos lo hacemos. –dijo Marj. – Excepto por el chico del polvo, por supuesto. Si alguna vez aparece por aquí, creo que dejarías de recoger para quedar con él.

–No apuestes por eso. –dijo Britt con arrepentimiento.

No importaba lo mucho que intentara no pensar en él, que allí estaba. Le vio entrar en el ascensor mientras ella bajaba al recibidor. En vez de pulsar el botón para hacerlo esperar, bajó por las escaleras. Si entrara en el ascensor con él, especialmente si él estaba solo, la tensión sexual sería demasiada, y ella olvidaría quien era y lo que quería. Solo le querría a él.

Britt fue al gimnasio e intentó ligar con tíos que se ejercitaban. Razonó que disfrutó tanto lamiendo los abdominales de Jack porque estaba en forma, por lo que tendría que completar la transición tirándose a otro hombre con abdominales fantásticos.

Se puso su top más atractivo y unos shorts. Se subió a un escalón de step y lo ajustó en el nivel más fácil. Britt se imaginó que sería fácil parecer accesible y sexy si no estaba con la respiración entrecortada y sudando la gota gorda. Hizo un pequeño cambio en

la orientación del peldaño, intentando encontrar un ángulo bonito del culo, en caso de que alguna de las ratas de gimnasio pasara por ahí. Después de diez minutos necesitaba una botella de agua...o de vino. Se bajó del escalón y se limpió, un poco molesta, la cara con una toalla. Todo ese trabajo y no había atraído a ningún chico.

Ella había esperado que se acercara el tío rubio de la elíptica. Aparentaba unos 22 y ella podía pasar por 22. Él podría ser capaz de quitarle de la cabeza a Jack...a Jack no, su *ruptura*, su corazón roto, no su rollo de una noche.

Britt pasó por él deliberadamente en su camino hacia el bar para conseguir un zumo. Dejó caer la toalla, con lo que esperaba que pareciera el sutil estilo de una dama victoriana dejando caer el pañuelo. Ella le miró mientras recogía la toalla. Sus muscudos gemelos palpitaban ininterrumpidamente en la elíptica, sin dejar la máquina ni un segundo para ir en su ayuda. Ella cogió un zumo de zanahoria y guayaba para parecer virtuosa pero sabía a mierda, así que se cambió de ropa y se pensó si ir a Starbucks. De camino al vestuario, se chocó contra el tipo caliente de la elíptica.

–Solo quería saber si estabas bien. –dijo él.

Él era alto, ancho y guapo con el pelo rubio al estilo de muñeco Ken. Sonriendo todo lo encantadora que podía, le puso la mano en el bíceps suavemente.

–Estoy bien ahora. Muy amable por tu parte preocuparte. – *Un poco gracias a mí* quería añadir ella con la caída de ojos. Pero el sarcasmo no le llevaría hasta sus pantalones, y ella necesitaba un nuevo polvo para olvidar el antiguo que le estaba obsesionando.

–Parecías un poco desorientada de vuelta a aquí. Pensé que quizá no te encontrabas bien o que estabas tomando una medicina fuerte para el constipado o algo. Pestañeabas un montón. –dijo él avergonzadamente.

Britt cerró los ojos un momento por humillación. Todo eso del pestañeo le había hecho pensar que tenía alergias.

–Yo una vez probé Mucinex y estaba como drogado. Casi me quedo atascado en una máquina de pesas. –continuó él.

–Estoy bien. Pero, gracias. –dijo ella.

–Me suena tu cara. Soy Wade Hanson. El hijo de Gilda.

– ¿Qué?

–Imagino que no eres...Pensé que eras una de las amigas de mi madre. Alguna de ellas viene aquí, y me sonaba tu cara.

–Guau, Wade. Acabas de alegrarme el día. Pásalo bien. –y se fue ofendida, apretando los dientes.

¿La amiga de su *madre*? Al menos no pensó que tenía la edad de su abuela, pensó ella con remordimiento.

–Hola, Marj. He intentado ligar con un tío en el gimnasio y se ha pensado que era de la edad de su madre. Llámame. –dijo ella al contestador de su amiga.

Quedaron para tomar café y hablar del tema. Era algo que necesitaba atención inmediata.

–Chica, ¿estás intentando ligar con niños de nuevo? –bromeó Marj.

–Eh, no. Tenía al menos 21.

–Y tú tienes...

–Veintiocho. DOS-OCHO. ¿No los aparento? Creo que necesito crema antiarrugas. –se quejó Britt hundiéndose en una silla.

–Bien. Yo pago el café. A menos que quieras usar tu descuento de jubilada. –bromeó Marj.

–Necesito una magdalena. Una grande con pepitas de chocolate por encima.

–Suena muy sano.

–He ido al gimnasio y no he ligado.

–Obviamente necesitas cambiar de gimnasio. El mío no, que solo tiene yoga, no gigolós.

–No quiero un gigoló. Quiero conseguirlo gratis y superar mi ruptura.

–Querrás decir el polvo. Porque no has estado lloriqueando por Kevin. Quiero decir, te has quejado más de perder el jardín en la azotea que de perderlo a él. Creo que estás atascada en el Señor Margarita.

–Ese no es su nombre.

–De acuerdo. ¿Cuál es su nombre?

–Señor Margarita es su nombre. –suspiró ella. –Creo que me recuperé muy rápido. Fue un error.

Luego él me mandó un email y...

–Espera, ¿el Señor Margarita ha vuelto a por más? Cuéntamelo.

–Ve a por los cafés.

Britt esperó a que Marj volviera y entonces se lanzó primero a por la magdalena. Marj estaba sentada impaciente mientras su amiga masticaba.

– ¿Has tenido suficiente terapia de carbohidratos? ¿Puedes hablar ya?

–Sí. Me mandó un email, pero yo no quería seguir con esto. No creo que tenga espacio en la cabeza para una relación ahora. Acabo de salir de uno que parecía bastante serio y no puedo con más dramas. Mis emociones están en carne viva.

– ¿Estás en un programa de entrevistas? Tus emociones están en carne viva. El espacio en tu cabeza no es el adecuado. Cielo, por favor. Si un hombre hiciera que mis dedos de los pies se curvaran de ese modo y después se molestara en contactar conmigo, iría derecha hacia él con las medias quitadas y le diría que soy toda suya.

–Eso es porque tienes más espacio en la cabeza que yo.

–Deja de decir espacio en la cabeza o me como esa magdalena ahora mismo. –dijo Marj.

– ¿Qué tal te va con Luke?

–No va. Me gusta; pero a él le gusta él mismo. De todos modos, trabajamos juntos, así que probablemente sea mala idea. Pero, la buena noticia es que vuelvo a estar a dieta baja en carbohidratos. Envidiarás mis abdominales.

–Vale. Lo haré. Lo prometo. ¿Por qué estás a dieta otra vez? Te vuelves tan odiosa.

–Es la manera más sana. Quiero decir, el azúcar mata. Esa magdalena te está matando. Por eso pareces tan vieja.

–No hagas que te alimente con pan. ¿Te puso Luke en esto?
– ¿Luke? ¿Bromeas? Cualquier cosa que implique dejar el vino no saldría bien con él.
–No todo el alcohol, ¿verdad?
–Todo el alcohol.
–Vas a ser tan divertida. Los hombres llamarán a la puerta de tu médico para llegar a ti.
–Ríete si quieres pero voy a estar tan buenorra.
–Marj, eres preciosa. No sé por qué tendrías...que trabajarte tanto. Pero, si quitarte los carbohidratos te hace feliz, hazlo. Vive y deja vivir.
– ¿Está dándote más espacio en la cabeza esa magdalena? Porque vive y deja vivir no es de la Britt que yo conozco.
–Debe de ser la magdalena. No quiero juzgar.
–Deberías comer más de esas.
–Tú no puedes. ¡Sé siente!
–No pasa nada. Te puedes arruinar la salud si eso te hace más maja.
–Muchas gracias.

Capítulo 12

Britt fue capaz de evitarle durante días. Tranquilamente completó sus tareas del trabajo solo un poquito por debajo de su estándar de eficiencia. En su habitual quedada del café de los jueves con Marj, pudo desviar la conversación sobre el polvo con un poco de confusión, y por la noche, vio el programa de reformas de casas hasta que no puedo aguantar más despierta. Sus sueños fueron cómodos con carpinteros y decoradores.

Ese viernes era el cumpleaños de Luke, y después todos quedaron en el bar Tito's para tomar una copa o tres para celebrarlo. Había unas siete u ocho personas de la empresa allí, entre guacamole y jarras repletas de margarita. Britt debería haber sabido mejor cómo relajarse. Justo cuando estaba mordiendo una rodaja de lima del fondo de su segunda copa, Jack entró, con las mangas remangadas y el pelo enmarañado, y se le veía el hoyuelo mientras saludaba al camarero. Levantó la mano, saludó también a sus compañeros y se acercó. Ella se hundió en su silla y murmuró para sí misma sobre margaritas y su suerte de mierda.

Él tenía el pelo negro y los ojos de un oscuro intenso, una fantasía emocional con más músculo.

Era un amante increíble. Ella aún jadeaba por él, despertándose por la noche queriendo saborearlo con la lengua. Allí estaba en carne y hueso, y todo lo que ella podía hacer era morder una pieza de fruta cítrica y desear que se fuera. No podía estar con él. Su padre era su jefe. Habría cotilleos y le podrían llamar enchufada. Él simplemente era el rico playboy que se divertía con ella. Mierda, ella quería que él se divirtiera con ella.

Jack le dio una palmada en la espalda a Luke y le deseó feliz cumpleaños. Britt mentalmente maldijo a Marj por irse a bailar con el cumpleañosero y dejarla sola en la mesa con Jack y el tipo de Relaciones Públicas que siempre jugaba con el móvil. Ella jugueteó con la rodaja de lima e intentó ignorarlo.

–Baila conmigo, Britt. –le dijo él, cubriéndole las manos con las suyas. Ella dejó la lima sobre la mesa y negó con la cabeza.

–Venga. Me he puesto de pie. Es obvio que te estoy pidiendo bailar...no me hagas quedar con un completo perdedor delante del tío del teléfono de allí.

–Se llama Thomas.

–Vale. Él se va a reír de mí si me rechazas.

–Él ni siquiera sabe que estamos aquí, Jack. Está jugando a algún juego.

–Quizá está comprando cartas de béisbol por eBay. –especuló Jack.

–No quiero bailar. Especialmente no contigo. –dijo ella. –Lo siento, ha sonado más cruel de lo que quería. No es que no me gustes...

–Entonces, ¿qué es?

–No quiero estar recordando mi desliz, ¿vale? Hacer eso no es muy normal en mí y me enfada pensar en eso. Verte es un recordatorio de...

– ¿De qué no eres perfecta? Nadie lo es. Ahora levántate y baila. Te puedes arrepentir luego, lo prometo. –dijo él, tirándole de la mano hasta que ella se levantó para evitar una pelea.

Jack la llevó a la pista de baile, no muy llena aún, y puso un brazo alrededor de su cadera.

Despacio, ella se liberó, siguió sus pasos, sintió la música y dejó de intentar parecer una idiota. Él era un bailarín increíble. La manera de moverse hacía tan obvio que era genial en la cama, cosa que era verdad, y ella lo sabía. Le molestaba tanto saber eso, que no podría disfrutar de ligar con él por eso.

Él la miró profundamente a los ojos, y ella sonrió. No podía negar que tenían esa química alucinante, esa conexión increíble. Cuando la canción acabó, el cantante líder de la estupenda banda del bar cogió el micro y levantó la mano.

– ¿Podría pedir la ayuda de la multitud para mi amigo de aquí? Jack ha sido un amigo mío durante muchos años, y si no fuera por él, nosotros no tendríamos el contrato que acabamos de firmar. Así

que me gustaría invitarle al escenario y que me ayudarais a convencerle para hacer un par de canciones con nosotros.

El público aplaudió mientras él subía al escenario.

–Gracias, chicos, pero tenéis ese contrato por vuestros propios méritos. Todo lo que hice fue presentaros. Si queréis hacer una juntos, vamos a ello. –dijo él.

El líder se inclinó hacia abajo y le dio su teléfono a alguien del público para que pudiera grabar un vídeo. El batería empezó la intro y Jack cogió una guitarra. En pocos segundos, había conseguido levantar a todo el mundo con una sexy improvisación que sonaba un poco española y sensual.

Murmuró la letra en el micro, con voz íntima y áspera. Britt se puso a bailar y se sintió más pegada a la música que él transmitía. No fue hasta que escuchó a gente cantando, cuando se dio cuenta de que se sabía la canción. Estaba haciendo una versión ardiente y sexy de Rocket Man. Riéndose, se unió, cantando y aplaudiendo.

– ¿Es de verdad? –susurró Marj en su oreja. –Porque se me han caído las bragas al suelo. De verdad.

–No tengo ni idea. –mintió fácilmente.

–Quiero decir, nunca me había encendido con nada así desde que vi un donut prohibido en la fotocopiadora esta mañana. Esta dieta me está matando. Él no tiene carbohidratos, ¿Crees que habría repercusiones si me tiro al hijo del jefe?

–Es un compañero de trabajo. ¿No está en nuestro contrato que no podemos fornicar con nuestros compañeros?

–No lo vamos a hacer en la oficina o algo así. Es solo que él me saca la chica de hermandad que hay en mí. Siempre iba a por los cantantes líderes en la universidad.

– ¿Es hora de aliviar viejos momentos?

–Podría ser. Mirándole pienso que tengo que liberar mis tops y la purpurina del cuerpo.

–Pensaba que Luke y tú estabais calientes.

–Solo ligamos.

–Ligar no es la palabra que elegiría para describir vuestro baile, pero rima.

– ¿Cómo puedes mirarle ahí arriba y no querer ir a por él?

–No es mi tipo. –dijo Britt firmemente, conteniendo la necesidad de pasar la mano por delante de la cara de su amiga para que la mirara de nuevo.

–Tu tipo es aburrido. Esta será la historia que podré contar dentro de unos años, aunque solo me la pueda contar a mí misma.

–Diviértete. –dijo Britt y volvió a la mesa.

Capítulo 13

Jack dejó el escenario pero la multitud de admiradores le paró. La música empezó de nuevo, y cuando Britt volvió a mirar, él estaba bailando con una mujer con un top de escote. Ella cogió patatas miserablemente, intentado establecer conversación con Thomas simplemente para aparentar ocupada y no como si estuviera enfadada.

– ¿Qué piensas de mi debut musical? –dijo Jack al llegar detrás de donde ella estaba.

–Has estado genial. Impresionante.

–No sé decir si estás siendo sarcástica.

–No, de verdad. Lo has hecho muy bien.

–Eso suena irresistiblemente indiferente. –dijo él.

–Esperaba que lo hubieras notado.

–Imagino que no fantaseas con los chicos de las bandas.

–Nunca. Pero parece que tienes un montón de fans. Pásatelo bien. –dijo ella indiferentemente, pensando, con una punzada, en la chica con la que había bailado.

Jack volvió a la barra del bar a pedir una bebida y Britt huyó al baño de las chicas. No era bonito, pero era un sitio para esconderse. En vez de relajarla, los margaritas habían sacado su lado más miserable, y quería irse a casa para estar sola con ropa más cómoda. Cuando salió, la mesa estaba vacía, así que volvió a ella y continuó enfadada.

Marj volvió y se pidió otra bebida.

–Se va a casa con la chica del top de escote.

Britt no contestó.

–Desearía que se fuera *conmigo* en vez de con ella. –suspiró Marj. – ¿Nos vamos? No hay nada aquí que quiera despertar.

Britt dejó dinero en la mesa para su parte de la cuenta y se levantó. Vio a Jack agarrando a la chica del top. Ella tenía un tatuaje de un ángel en el hombro. Britt pensó en chupar el tatuaje de la muñeca de Jack y se estremeció con el recuerdo y la manera en que le escocía ahora. Se puso mala al ver que se iba con otra.

Capítulo 14

El lunes por la mañana recibió un email de Phillip Fitzsimmons. Su hijo, Jack, se iba a un viaje de negocios en unos días y quería que Britt revisara los detalles de la cuenta de gastos y el procedimiento de facturas con él. La secretaria de Phillip le había dejado un mensaje de voz de que la reunión sería a las tres de esa misma tarde. Britt respiró profundamente. Era parte de su trabajo. Ella había explicado el sistema de reembolso de gastos tantas veces, que prácticamente podía condensarlo en viñetas. Aun así, nunca había intentado recitar de un tirón los procedimientos esenciales con Jack Fitzsimmons mirándola.

Sacó un blog de notas adhesivas y se hizo notas a sí mismo. Las pegó en el escritorio en una fila ordenada y volvió al trabajo. Trabajó duramente hasta la hora de comer y cuando Jack apareció en su cubículo, ella se asustó.

–Mira la hora. –dijo ella débilmente.

–No seas antipática. No digas nada estúpido. Guarda el recibo. ¿Son estas tus afirmaciones de yoga o algo así?

–Más bien palabras para sobrevivir. –susurró ella, arrugando las notas y tirándolas, molesta consigo misma y con él. –Siéntate, por favor. –indicando a la única silla de su cubículo. –El señor Fitzsimmons me indicó que necesitarás utilizar la cuenta de gastos en tu viaje.

–Sí, voy a ir a Chicago para vigilar a un potencial cliente. Pasaré allí la noche.

–Guarda el recibo.

– ¿Dónde quedó lo de no ser antipática y decir cosas estúpidas?

–Júzgalo tú mismo. De todos modos, nuestro sistema trabaja siguiendo un modelo de reembolso.

Aquí hay una lista de cosas que cumplen los requisitos...alojamiento, comidas con clientes o potenciales clientes solo. No vale si simplemente querías un donut y esperabas que la empresa te lo pagara; transporte desde y hasta el aeropuerto y hasta quedadas con clientes o cenas de empresa. No...

–No si quiero ir a club de strippers y pretendo cargar el taxi en la empresa de mi padre, ¿no? No te preocupes, Britt. No voy a defraudar a la empresa por un bacanal en Chicago. –sonrió con superioridad. –Aunque si te reconforta pensar que me voy a hinchar a donuts en una habitación llena de strippers, adelante.

–No, lo siento. Es solo que, no sé. –dijo ella desmoralizada.

–Me puse contento al ver que trabajabas aquí. Pensé que si te veía lo suficiente, si te acostumbrabas a mí, quizá entonces tendría otra oportunidad. Claramente no lo hice muy bien la otra vez.

–Lo hiciste. Estuviste genial, de verdad. Es solo que no quiero involucrarme con un compañero de trabajo y hacer que mi situación profesional sea tan incómoda como lo era antes cuando Freeman estaba aquí.

–El hecho de que me estés comparando con tu exjefe, el sobón, es insultante. Creo que necesitas sacar de la basura la nota sobre la grosería en este punto.

–Gracias. Me estoy controlando.

–No hay motivos para controlarse. No tienes que estar enfadada o nerviosa cerca de mí. Incluso aunque sea la prueba viviente del único pecado que has cometido.

–No eres el único.

– ¿El peor? –levantó una ceja.

–Probablemente el mejor, pero aun así mejor olvidarlo.

– ¡Oh! Creo que prefería la comparación con Freeman a ser olvidado.

–Lo estoy liando todo. No soy buena con la gente. Soy mejor con los números.

–Sigue practicando, entonces, y mejorarás con el tiempo.

–Creo que debería renunciar y comprar un pez dorado. Menos trabajo que un gato, pero es compañía. –dijo ella irónicamente.

–Tendrás que ponerte notas para recordarte alimentarlo y no ser antipática.

–Guarda los recibos, ¿vale? –dijo ella, esperando cortar la conversación.

–Fue increíble cuando estuvimos juntos. Estuviste tan...relajada, franca y abierta. No pude quitarte los ojos de encima en toda la noche. Nunca había estado con nadie tan inteligente, sarcástico y sexy.

Me encantó que te sintieras un poco fuera de mi liga.

–Vale. ¿Por qué la contable, a la que dejaron en Tamarind, se supone que tiene que estar por encima de ti? Ahórrate los cumplidos, Jack. Ya me has tenido sin pantalones.

– ¡Ay, por dios! ¿Dónde está la notita sobre ser antipática? Te la voy a enseñar cada vez que lo seas, cariño. Déjame acabar. Eres guapa. Eres ansiosa y atrevida en la cama. Eres la mujer que lleva las riendas en la empresa de mi padre. Eso no es una complicación. Eso significa que eres una profesional competente y que tienes trabajo. No suelo citarme con chicas que no tienen trabajo. Eso lo hacía cuando tenía veinte años. Quiero una mujer que piense en ella, en algo más que en etiquetas de diseño.

–Me gustan las etiquetas de diseño. No tengo ninguna, pero me gustan. –confesó ella.

–Pero tú piensas en otras cosas. Me dijiste que eras buena con números. La otra cosa es que eres brillante conmigo.

– ¿Así que puedo añadir decimales y volverte salvaje?

–Ese es el mejor perfil de cita que he escuchado.

–Lo tendré en cuenta. –dijo ella, sonriendo en contra de su voluntad.

– ¿Tienes planes para cenar?

–Sí.

– ¿Cuáles?

–Cenar, acosador. –bromeó ella.

–Déjame llevarte a cenar. Nos lo pasamos muy bien en Tamarind. ¿Vamos allí?

–No voy a volver allí.

–Me tomo eso como algo bueno porque has rechazado Tamarind pero no a mí específicamente.

–No creo...que sea buena idea. –dijo ella con el corazón dividido.

–Si no quieres salir conmigo, dímelo.

–Sí que quiero. Solo que pienso que no es buena idea. Como los cigarrillos o todos esos pasteles con azúcar por encima.

–Creo que me tendría que sentir insultado, pero lo veo como que me estás comparando con algunos placeres. Como sé dónde está tu casa, te recojo a las ocho.

Britt asintió, sin poder creer que acabara de aceptar salir con él. Con la cabeza en las manos, se preguntó cuántos segundos de su encantamiento harían falta hasta que cayera en la cama con él de nuevo. Era como el minuto en el que Kevin le dijo que estaba quedando con otra, ella había perdido el auto-control. Su comportamiento disciplinado se había dejado llevar por la lima y el tequila.

Lo único que tenía lo suficientemente sexy era el vestido del desastre, el que se había puesto en la cena de aniversario. Como probablemente estaba maldito y él ya la había visto con él y sin él, Britt decidió ponerse su túnica de estampado tribal. Un precioso Trina Turk que se había comprado en las rebajas. Tenía una banda elástica al final que aterrizaba en algún lugar entre el medio muslo y la parte superior. Decidió que con los zapatos adecuados pasaría por un mini-vestido. Pendientes largos de oro, el pelo en un recogido alto y unos tacones hacían que el bohemio estampado turquesa estuviera listo para cócteles. Le mandó un selfie a Marj, que le contestó: “Bien caliente, chica”. Britt lo tomó como una buena señal y se puso un poco más de autobronceador en las piernas. Quería conseguir un tono dorado y tenía la sospecha de que la cantidad correcta de bronceador podría disimular esa poca celulitis que no podía ignorar.

Capítulo 15

Cuando escuchó que llamaba a la puerta, Britt se dio prisa en lavarse las manos y cogió el pequeño bolso de cuentas en el que metió el teléfono, la tarjeta de crédito y un condón. Ver a Jack en su puerta hizo que su corazón palpitara fuerte contra las costillas. Ella sonrió.

– ¿Preparada para irnos? –preguntó él. Ella asintió. –Estás impresionante, de verdad, pero...

– ¿Qué?

– ¿Te has olvidado de ponerte unos pantalones o una falda? –se rio.

–No, es así.

– ¿Cómo voy a actuar como un caballero contigo así vestida?

–Estoy completamente tapada. Mira, ¡incluso tiene mangas! – bromeó ella.

–Casi un kilómetro de piernas desnudas. –suspiró él. –Me voy a tener que tumbar.

–Vale. Hazlo. Yo me voy a comer. Me muero de hambre.

–Vale, intentaré controlarme pero, de verdad, pones las cosas muy difíciles a un hombre.

–Ese es mi plan. –dijo mientras cogía las llaves.

Se sentía relajada, mucho más ya. Se preguntaba si era él, la excitación por estar con Jack, en vez de los margaritas lo que le había hecho equivocarse la primera noche. Su mano estaba caliente pegada en la espalda de ella mientras la guiaba hacia el coche. Se sentó en el asiento del copiloto, con tapicería de cuero. Se inclinó hacia adelante y empezó a toquetear botones con curiosidad hasta que encontró el del control de la calefacción de los asientos.

–Mmm. –dijo ella.

–Sí, debes de estar helada con ese vestido.

– ¿Qué vas a hacer si tengo frío? –preguntó ella, sorprendida de haberlo dicho.

–Estoy segura de que algo se me ocurrirá para calentarte. –dijo él suavemente.

En poco tiempo, entraron en un parquin subterráneo, y Jack escaneó una llave de seguridad para entrar al ascensor. Subieron y ella estaba llena de excitación.

– ¿Dónde vamos?

–A cenar, como te dije. Nada de langosta, lo prometo.

– ¿Voy demasiado vestida? ¿Es esto un McDonald's secreto o algo?

–No, aunque hablando de ir demasiado vestida, creo que no lo irías ni en una piscina con ese diminuto vestido. ¿Te he dicho ya que tus piernas me están volviendo loco?

Las puertas se abrieron y ellos salieron a un suelo como los chorros del oro; una decoración pija de madera pálida y con tonos azules dándole aspecto marino. Las mesas estaban cubiertas con una reluciente y suave seda de agua con conchas blancas y madera y en el centro de cada una había un grupo de velas blancas. Las paredes eran enteramente de cristal como un escaparate a las vistas a la costa.

– ¿Qué es este sitio? Además de perfecto, quiero decir.

–El Ocean Club. Me alegro de que te guste.

–Me encanta.

Una camarera les guio hasta una mesa al lado de la ventana y puso agua con gas fría en vasos aderezados con lima. Britt dio un sorbo, estaba fría y gaseosa, brillante con el sabor de la lima. El menú era suntuoso con una gran variedad de platos, pero Britt no se podía concentrar, estaba distraída por la atmósfera romántica. Se dio cuenta de que no quitaba ojo a Jack.

– ¿Ves algo que te guste? –dijo él indicando el menú.

–Sí. –dijo ella distraídamente, mirándole solo a él. Luego, se dio cuenta y nerviosa murmuró algo sobre el pollo.

Después de haber pedido, él le preguntó qué pensaba sobre el sitio.

–Es precioso. Como que trabajaría aquí simplemente para poder verlo. ¿Tuviste que hacerte socio? Supongo que es un club para chicos ricos...

–No demasiado. Soy uno de los inversores, y diseñé el logo y la mayor parte de la página web.

Para entrar, tienes que pagar una cuota de afiliación desorbitada, de la cual la mitad va directamente a una organización benéfica que da acceso al agua en África. Fue lo que mejor nos ayudó para el concepto...un club exclusivo en la costa, agua limpia para todos. –dijo él con una sonrisa.

–Eso es alucinante. –dijo ella, bebiendo de su agua.

–Estoy orgulloso de ello. No hay mucho más que haya hecho de lo que esté orgulloso. Sé que es arrogante, pero quería traerte aquí porque, en parte, es mío.

–Presumido. –dijo ella juguetonamente.

–Sí. Estoy intentando ganarme tu aprobación. ¿Está funcionando?

–Eso depende de cómo esté el pollo.

–Te has pedido un filete.

–Entonces no tendrás la oportunidad porque no voy a saber cómo está el pollo... ¿cómo puedo saber si lo apruebo o no?

–Les puedo pedir que te cambien el pedido.

–De eso nada. Odio el pollo.

– ¿Quién odia el pollo? Pensé que las mujeres vivían de ensaladas y pollo sin piel.

–Yo no. Yo como comida. Y hablando de eso, ¿no hay pan en este sitio? ¿Es bajo en carbohidratos o algo?

–El pan se pide. ¿Quieres un poco?

–Sí, por favor. –dijo ella.

Él llamó a la camarera que apareció con delicadas rebanadas de pan de semillas. Britt se comió una en un segundo.

– El tema del pan es un tema de costes de productividad... Con tanta gente a base de dietas paleolíticas o sin gluten, tiene sentido hacer pan solo si se pide. ¿Para qué hacer tanto pan si nadie lo quiere?

–Vale, así que yo puedo comerlo. –dijo ella sonriendo. –Toda esa gente anti-gluten no sabe lo que se está perdiendo.

–Y pensar que estás atrapada en la contabilidad cuando tienes un don natural para hacer eslóganes.

Puede que te veas cambiándote al máquetin, señorita. –bromeó él.

–Creo que la mafia del gluten necesita reírse de sí misma. Y si quieres mi línea para tu publicidad, adelante. Saca tu restaurante a la estratosfera con una fuerte posición pro-gluten.

–Eres rápida. –observó él. –Eso me gusta. Creo que he estado con la gente incorrecta hasta ahora.

– ¿Te refieres a los inversores, a los músicos o a la gente de diseño gráfico?

–A todos ellos. Ves, mi padre siempre ha dicho que no puedo comprometerme con nada. Tengo muchos frentes abiertos.

– ¿TDAH?

–En realidad, sí. Lo tengo. Pero no es una excusa, al menos no una legítima. Quiero decir, acabo cosas, es solo que tengo muchas pestañas abiertas en mi navegador, ¿sabes?

–No mucho, yo soy aburrida. Me siento como una mierda por haber bromeado con el TDAH

ahora mismo. Lo siento.

–No te sientas así. Es una idea equivocada lo de que no podemos concentrarnos en nada. De hecho, es más como que tengo una gran concentración en una cosa y luego cambio a la otra y después a la siguiente.

– ¿Adicto a la novedad?

–No realmente. Solo que me aburro rápidamente, y veo algo que merece más la pena o es más excitante o lo que sea. –dijo él.

–Eres mi primer compañero de cena que habla de un diagnóstico. –dijo ella. – ¿Algo más que quieras compartir?

–No, con eso es suficiente. Hemos cubierto mi salud mental y tu amor al gluten. Creo que ya estamos unidos. –sonrió.

–Dios, eres tan mono. –se le escapó.

–Gracias.

–No quería decir eso en alto. De verdad que no quería. –se quejó ella.

– ¿Por qué? Deberías de sentirte libre para piropearme cuando quieras.

–Intenté aguantarme.

–Estás demasiado contenida. No es malo decir lo que uno piensa. Por ejemplo, yo de verdad pienso que tu vestido está pensado para ser camiseta. Se supone que tienes que ponerte pantalones o algo con eso. Es demasiado distractor. Estoy sorprendido de que no nos hayan pedido que nos fuéramos

– ¿Debería pedir una servilleta extra para taparme mi antiestética desnudez? Tengo piernas. La mayoría de la gente las tiene. Si te asustan, no las mires.

–Lo hacen. Me asustan mucho, Britt. Temo que voy a tener que alcanzarlas por debajo de la mesa así, y que no podré controlarme.

La mano de Jack rozó su muslo desnudo. La seda del mantel le tocaba la pierna mientras él se apartaba. Ella se mordió en labio inferior más fuerte de lo que pretendía.

– ¿Te avergüenza mi vestido de putón?

–No. Creo que tu vestido no está necesariamente pidiendo eso. Solo creo que no está haciendo un esfuerzo por no atraer mi atención.

–Veré a ver si puedo ponerme un delantal y un gorro para satisfacer tus necesidades de Amish.

–Necesitarías algo más que un delantal para tapar lo que te has dejado sin tapar.

–Eso es un poco puritano viniendo de un hombre que ha estado desnudo en mi salón recientemente.

–Dices eso como si me hubieras invitado a entrar y usar tu teléfono y después yo me hubiese quitado los pantalones sin permiso.

–Vale, quizá fuiste invitado. –se rio ella.

– ¿Así que ya está bien bromear sobre ello? ¿Cuándo dejamos de pretender que no había pasado?

–Cuando acepté a sacar a mi pequeño y sucio secreto a cenar. Sin pantalones.

–Pensé que te había sacado yo a cenar.

–Debería pagar yo. Creo que es lo justo después de haberte traumatizado al ver mis piernas desnudas.

–Yo no diría tan traumatizado como para...

La camarera llegó con la comida y tocó empezar a servir y comer. Después de unos pocos mordiscos del filete con salsa chimichurri, Britt paró.

– ¿Tanto como para qué?

– ¿Qué? –dijo él en blanco.

–No dirías tan traumatizado por mis piernas como para... ¿qué?

–Empezar una relación.

Britt notó calor y como si quisiera desmayarse. Empezar una relación. Como decir, empezar una relación contigo. Como decir, empezar una relación por sorpresa. Como decir, empezar una relación en el sofá, en la cama, en la cocina. Se ruborizó durante un minuto antes de recomponerse.

–Empezar una relación. –repitió ella despacio.

Jack asintió.

–Es una buena frase.

–Buena no es lo suficientemente bueno. Puedo hacerlo mucho mejor. –dijo él y ella tuvo un recuerdo del momento en el que le dijo eso antes, desnudo y precioso y enredado entre sus piernas.

–Ya lo has hecho. –dijo ella. –Si no te importa que te pregunte, ¿por qué me has pedido salir esta noche contigo? Quiero decir, es obvio que podías tener a la que quisieras.

–Ya te lo he dicho. Esperaba tener otra oportunidad contigo. Me gustas. Si puedo tener a la que quiera, eso son buenas noticias. –dijo Jack.

–Estoy empezando a pensar que no tengo habilidades sociales.

–suspiró ella. –No sé ligar. No sé ser...divertida. Soy la tía más complicada y estereotipada que existe.

–No. Ese vestido te aparta de ser estereotipada. Si quieres ser vista como una tía así, tienes que llevar pantalones todo el tiempo. –dijo él.

–Gracias a Dios que me he olvidado de los pantalones. Me he salvado de la mediocridad. –dijo ella con cara de póker.

–Quiero enseñarte algo. ¿Has acabado?

–Sí, he acabado pero estoy segura de que ya he visto lo que tienes. –dijo ella.

–No has visto esto. Vale, si lo has visto, simplemente finge que es nuevo para ti.

–Soy como una virgen falsa, ¿no?

–En parte, sí. –dijo él.

Capítulo 16

Jack pagó la cuenta mientras Britt se resistía por sacar un montón de fotos del restaurante para pasárselas a Marj. Marj se moría por ver ese sitio. Hizo foto de las conchas y las velas, de las vistas al mar, del pan de semillas y de la perfecta luz interior. Sitió una punzada de arrepentimiento al salir de allí. Era tan bonito, que estaba segura de que no lo volvería a ver. Britt se levantó, y se estiró la túnica para abajo, sonriéndole con picardía.

–Mejor que te lo bajes más. Si puedo ver todo el camino al paraíso, no vamos a irnos muy lejos. –

admitió él. Ella notó una ola de calor, una anticipación. Estaba preparada a llevárselo a la cama, preparada para guardar los pensamientos inteligentes para mañana.

Jack le tocó la espalda de nuevo, guiándola hacia el ascensor. En el ascensor, no quitó la mano de su espalda. El calor de su piel, la manera en que su mano cabía en la curva de su espalda era sorprendentemente erótica. Él no la besó, no llegó a ella del todo. Simplemente mantenía la mano en su espalda, como si ella fuera suya, como si empezaran una relación. Esto a ella le hizo sonreír muy a su pesar.

No salieron a la estructura del aparcamiento, sino que lo hicieron a la calle, pisando la arena. Las luces de la ciudad y la luna se enfrentaban para reflejarse en la oscura agua. Ella respiró profundamente la brisa marina y se quedó cautivada, casi mareada mientras veía el inexorable ir y venir del agua bajo el peso de la luna.

Los sonidos del tráfico y las voces parecían muy lejanos, como si ellos estuvieran muy adentro en el océano en vez de estar en la orilla. Jack se quitó los zapatos e intentó guiarla hacia adelante caminando por la arena, pero ella le miró y después miró a sus tacones de aguja. Un flash de sonrisa en la oscuridad, y después él estaba arrodillado ante ella, desabrochando la tira del zapato y quitándoselo para que ella pudiera caminar descalza por la cálida

arena. Él se fue al otro pie también, y se levantó con los zapatos en la mano.

–Son bonitos, pero es hora de quitárselos. –dijo él. Ella movió los dedos agradecida, sintiendo la textura de la arena.

Jack la llevó hasta la playa, a pocos pasos de la zona ocupada del puerto. Había solo dos barcos en ese momento y Jack se subió a un muelle vacío, agachándose para darle la mano. Ella subió después de él, tirando del dobladillo de la túnica para abajo mientras subía. Anduvieron hasta el final del muelle, y él se quitó el abrigo para que ella se sentara sobre él. Les colgaban las piernas sin llegar a tocar el agua con los pies.

–Cuando me mudé aquí, no podía dormir. Me recetaron ayuda para concentrarme y todo lo que hizo fue darme un insomnio de cuidado. Así que andaba y andaba por las noches. Estaba inquieto. Me volvía loco estar enjaulado. Así que venía aquí abajo y miraba al agua.

– ¿Te calmó para que pudieras dormir?

–En realidad, no. No dormí durante mucho tiempo. Pero estaba mejor aquí con el agua. En paz.

– ¿Como meditación?

–Más como si saliera fuera de mi cabeza. Aún vengo aquí algunas veces cuando estoy sobrepasado, o si quiero ver los barcos.

– ¿Qué pasa con los hombres y los barcos? Yo me mareo.

– ¿Hombres y barcos? Esa es una pregunta para los vikingos, Britt. Los hombres quieren dominar el mar y demostrar que son hombres.

–Eso no tiene ningún sentido para mí.

–Para mí tampoco, pero suena como si supiera. Los barcos están bien. A mí principalmente me gusta ver cómo se van y vuelven, imaginar a dónde van y esas cosas.

–Eso lo puedo entender. Cuéntame algo de este de aquí, el más cercano a nosotros.

–Ese va a ir a Sudamérica para conseguir fruta. Un montón de plátanos y papayas. Toda la gente a bordo irá a la orilla la primera noche para mirar alrededor, y todos acabarán en un club de salsa, como una cuba y aprendiendo a bailar. –dijo él con una sonrisa.

Britt se lo pudo imaginar mientras él le contaba la historia; muchos marineros cansados y envejecidos con alegría forzada. Bebidas y la energía de estar con más gente después de semanas de aislamiento en el barco, las curvas de las mujeres con cortos y brillantes vestidos mientras bailaban y el alcohol diciéndoles a los marineros que ellos también sabían bailar. Sonrió al imaginarlo, habitaciones tenues, con flashes de luces rojas y el sonido de una guitarra española.

–Me gusta. ¿Qué pasa con el otro barco?

– ¿Ese? Lo van cargar de vigas de acero mañana. Se va a la India a construir un colegio. Las vigas son demasiado grandes incluso para un avión de carga, así que se van navegando. Los marineros descargarán las vigas en el puerto y nunca irán a la orilla. No sabrán lo bonita que es India.

Solamente pensarán que está llena de niños y enfermedades transmitidas por el agua porque son ignorantes. No se lo van a pasar ni la mitad de bien que la tripulación de Sudamérica.

– ¿Has ido alguna vez a India?

–Por supuesto. Es precioso.

– ¿Cómo es todo allí?

–Es solo...gente. Por todos los lados. No se puede estar solo. Siempre hay voces y multitud por las calles o en las aceras; gente o animales. Todo está tan vivo y vibrante y nunca para. Bocinas sonando, incluso tienen altavoces en sitios como las mezquitas y otros sitios que pensaríamos que son tranquilos. Y chicos sacando su teléfono y poniéndolo en mi cara para hacerme una foto.

– ¿Eres famoso?

–No, era un turista. Pero era y sonaba diferente, así que boom, foto, supongo.

–El espacio personal no es posible, ¿no?

–No. Y la privacidad, tampoco. Es diferente.

–Mmm...así que si yo decido viajar allí en mi futuro aventurero, ¿qué debería hacer?

–Solo beber agua mineral, conseguir una vacuna del tétanos antes de ir, y siempre discutir con tu anfitrión.

– ¿Qué?

–Es maleducado no hacerlo. Como si sales, y tu anfitrión va a pagar, pues tú tienes que discutir con él e intentar quitarle la cuenta de las manos. Es bastante divertido, pero realmente es maleducado irte de ahí y decir gracias. Luego, si él paga tienes que darle dinero a la fuerza.

–Eso es extraño. Espera, ¿debería haberte dado dinero a la fuerza al salir del Ocean Club?

–No estamos en India. Si estuviéramos, tendrías que llevar pantalones seguros, ropa ancha y no mencionar Pakistán.

–Estoy segura de que nunca he mencionado Pakistán a nadie.

–Entonces estarás bien. Ir en moto de Manali a Leh es el cielo.

– ¿Qué es Leh?

–Es la ciudad más alta del mundo. Te lleva un montón de tiempo adaptarte a la altitud, pero las vistas son increíbles y las empanadas indias son mortales.

–Mmm...empanadas mortales. Ese es un buen nombre para una banda. –bromeó ella. –Imagino que es precioso todo allí.

–Lo es. ¿Te gusta ir de camping?

–No. A menos que ir de camping signifique que no hay una bañera caliente en el hotel.

–Una chica de la naturaleza. Ya veo. Quizá Leh no es para ti. ¿Qué tal el Taj Mahal?

–He visto fotos, por supuesto. Es demasiado bonito para ser real. Me parece de fantasía.

–Te quitaría el aliento. Es tan increíblemente perfecto, justo ahí al lado del río.

–Iré a India a verlo.

–Yo te llevaré allí. ¿Te gustaría?

– ¿Qué? ¿Ahora?

–La espontaneidad no es lo tuyo. Lo pillo.

–Tengo trabajo. Tengo facturas. Así que, no, no voy al Lejano Este como capricho, Jack. –dijo ella un poco grosera. –No es porque no sea divertida, es porque soy responsable.

–Puedes ser las dos cosas.

–Yo no puedo. Tú quizá sí, pero trabajas por diversión y ganando un dólar. Creo que no tenemos la misma situación.

–Conozco a tu jefe. –guiñó el ojo.

–No voy a sacar provecho de tu relación con el señor Fitzsimmons para conseguir un trato especial. –dijo ella.

–Lo haces sonar como si mi relación con él fuera ilícita. Es mi padre. –resopló él.

–Sí, bueno, no todos vivimos de privilegios.

–Te he pedido que vinieras a India, no que empezáramos una discusión sobre la estratificación económica de América, Britt.

–No puedo ir contigo, ¿vale? Me da miedo.

– ¿Miedo de qué? ¿De mí?

–Miedo de aceptar una oportunidad así, de interrumpir mi vida para perseguir a un tío y que después acabe herida. ¿Qué pasa si al volver todo cambió?

– ¿Y qué? ¿Qué pasa si el cambio fue a *mejor*?

–En mi experiencia, los cambios han sido siempre a peor.

–No es verdad. Entraste a Tamarind para quedar con Kevin y saliste de allí conmigo. Ese cambio fue a mejor.

–Vale te acepto ese. Pero es la excepción.

–Mi padre no es un perverso.

–Está bien saberlo. –dijo ella.

–Tu último jefe era un sobón, ¿verdad? Tienes un nuevo jefe que es mucho menos ofensivo que el anterior. Quiero decir, lo peor que mi padre va a hacer es hablar de pesca en alta mar hasta que te mueras de aburrimiento.

–Has cogido los dos únicos ejemplos de cambio positivo de toda mi vida. –dijo ella.

–De alguna manera lo dudo. Creo que estás asustada. No hay fundamentos para eso, simplemente te da miedo que las cosas salgan mal, y te sientes estúpida por intentarlo.

–Eso es totalmente un fundamento para el miedo.

–No estoy intentando obligarte a hacer algo, Britt. No tienes que luchar tan fuerte contra mí.

–No estoy muy segura de...como no luchar.

–La otra noche supiste.

–Estaba muy tocada por los margaritas esa noche. Era un valor artificial.

–Creo que lo hiciste todo tú. ¿No has escuchado nunca que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

–En realidad, no. Es una teoría muy mona, aun así.

–Quiero intentarlo

– ¿Tienes una bola de cristal?

–No. Tengo una chica descalza con un vestido corto. Todo lo que has hecho...aceptar salir conmigo esta noche, vestirme tan sexy, comer pan, hacerme reír y dejarme quitarte los zapatos...todo me dice que quieres intentarlo, sin importar lo que dices.

–Esa es una definición de consentimiento un poco retorcida.

–No. Las acciones hablan más fuerte.

Britt intentó enrollar los ojos ante eso, quería desacreditarle, pero miró hacia abajo a sus piernas, vio cómo había cruzado sus largas piernas por encima de él, cómo se inclinaba más cerca de él para escuchar su murmullo, cómo la mano estaba ahora sobre el muslo de él. Su cuerpo estaba intentando estar más cerca de él, prácticamente preparado para ponerse encima, sin importar cuánto protestara de boquilla.

–Jack.

– ¿Qué? –dijo él, esperando que ella rebatiera.

Ella le besó. Con la mano sobre su cara, merecía la pena su sensible palma con la barba incipiente mientras le besaba el labio superior, mordiéndolo suavemente y después aguantando el aliento cuando sus manos la presionaron más cerca de él. Britt enrolló los

brazos sobre su cuello, abrió los labios para él, aceptando el beso con ganas, sonriendo con las palpitaciones de vida que notaba en la piel cuando él le tocaba. La manera en la que él le hacía sentir todo más vivamente, hacía que sus sentidos se afilaran para concentrarse en todo lo que ella podía coger de él. Jack se echó para atrás y sonrió, tocándole la mejilla.

– ¿Lo ves? Haces muy difícil que me crea lo que dices.

– ¿Qué pasa si te digo que te he echado de menos?

– ¿Lo has hecho?

–Sí. –dijo ella con media sonrisa. –Lo he hecho. He echado de menos besarte. He echado de menos, simplemente, ser libre.

– ¿Estás segura?

–Como un seis cientos por cien.

–Para una contable eso es mucho.

–Es la verdad.

–Si te prometo que no me voy a propasar contigo, ¿querrás venir a mi apartamento?

– ¿Y por qué narices iba a aceptar ir a tu apartamento si no te vas a propasar conmigo? A menos que tengas helado. Iría por el helado.

–Helado, no. Solo una guitarra. Quiero tocarla para ti.

–Oh, Jack, cielos. No me bromees. –se rio. Él la ayudó a que se levantara y se pusiera de nuevo los zapatos. Volvieron al aparcamiento y él condujo hasta un edificio de muchos pisos relucientes donde vivía en el ático.

– ¿Las Torres FZ? ¿Tu familia las posee enteras?

–No todo. No tenemos tienda de helados o casinos.

–Una confusión temporal, estoy segura. Tendrás que arreglarlo. Una lluvia de ideas para un casino privado o algo.

–Lo pondré en mi lista. –dijo él.

Capítulo 17

En el vestíbulo del edificio de seguridad, todo era gris o de acero inoxidable, incluso la tapicería parecía moderna y dura. El ascensor de cristal parecía que les iba a lanzar hacia la oscuridad. Una sensación de vértigo la invadió mientras ascendían a la noche, con las estrellas que parecía que presionaban las paredes de cristal mientras ellos se movían con un ligero zumbido. Britt se sujetó en los brazos de Jack, tambaleándose un poco en los tacones.

Su apartamento era increíblemente perfecto. Tenía un bajo y curvado sofá frente a un vasto suelo, ventanas en el techo con vistas a la ciudad destellante y el agua más allá de una franja oscura en el horizonte. Una amplia mesa de café de mármol tenía amontonados unos libros brillantes y una orquídea en su urna. Todo anunciaba los servicios de un decorador profesional. Un lienzo enorme encima del piano era una pieza abstracta con manchas verdes, oro y melocotón. El tamaño de la habitación, su inmensidad, era el mejor reflejo de Jack. No la orquídea o el arte, sino el espacio abierto, la variedad que habitaba.

– ¿Te gusta? –preguntó él.

–Es genial. Muy...sofisticado.

– ¿Es la sofisticación un problema?

–No, es solo que me da miedo sentarme por si dejo una huella dactilar. Sé que no me podría permitir reemplazar una sola almohada de este lugar.

–Haré que la chica que hace nóminas adorne la cuenta hasta que mi almohada esté pagada. No te preocupes. –dijo él.

– ¿Puedo llevar zapatos aquí? ¿Me los debería quitar?

–Te invito a que te quites todo lo que quieras. –dijo él, dejando la chaqueta sobre una silla y quitándose la corbata.

Jack se enrolló las mangas hacia arriba y ella dejó de desabrocharse los zapatos para mirar.

– ¿Qué?

–El tatuaje en tu muñeca. No lo miré bien antes. Me gustaría saber qué es. Supongo que entiendo las flechas, ¿pero qué

significan las letras?

–Que me puse pedo en Singapur.

– ¿Te hiciste esto en Singapur?

–No es una de mis mejores decisiones.

– ¿Qué pone?

–Sujetas un búfalo por sus cuerdas y sujetas a una persona por sus promesas.

– ¿Tienes un tatuaje de un búfalo? Eso es caliente. –bromeó ella, trazando las flechas suavemente con las puntas de los dedos.

–Quédate solo con la sabiduría de esto...sobre búfalos. –bromeó él.

– ¿No te emborraches en Singapur?

–O acabarás con un proverbio malayo tatuado en el brazo. –acabó él.

–Quizá ir a India contigo fue una idea de mierda después de todo. Podría haber acabado con tatuajes Hindis.

–Siempre existe esa posibilidad. Ahora siéntate y ponte cómoda. –ordenó él.

Britt enroscó las piernas y se sentó en el largo y blanco sofá. Jack se fue a otra habitación y volvió con una guitarra acústica. Él se sentó en la mesa del café con un pie doblado debajo, balanceando el instrumento. Con cuidado, puso los dedos en el cuello de la guitarra, colocándolos.

Uno o dos rasgueos experimentales, y empezó.

Si ella había pensado que el ascensor de cristal le había dado vértigo, esto era peor y mejor al mismo tiempo. Una habitación cavernosa con el brillo amarillo de una lámpara cuya luz se disipaba mucho antes de llegar a las paredes, altas ventanas a alturas que mareaban, y la vista consumida de Jack Fitzsimmons con una guitarra en sus manos. La manera en la que sus manos se movían por el curvo cuerpo de la guitarra, la manera en que acariciaba las cuerdas le recordó a la manera en la que la había tocado, la había sostenido.

Temblando por el recuerdo, escuchó el sonido de su melosa voz mezclada con las cuerdas.

Mientras esperaba a la letra, no podía reconocer qué canción era. Sabía que le era vagamente familiar, pero no sabía las palabras. Estaba demasiado perdida en su voz y su música para preguntarse por el origen. Algo sobre un ladrón, un sirviente descalzo que le hicieron pensar en trovadores y castillos medievales y bailes, una fiesta de disfraces, tal vez. La manera en la que cantaba, justo como la manera en la que le había hablado de India y Sudamérica, le hizo ver las cosas y creer en ellas.

Cuando acabó con esa canción y empezó la intro de otra, miró hacia ella, buscando una reacción, una aprobación. Britt dudó por un momento, desenroscó sus piernas y se fue a arrodillar a su lado.

Buscó su cara para besarle. Él dejó la guitarra a un lado y la cogió sobre su regazo, con las piernas abiertas, y la túnica subida por encima de la cadera. Las manos de Jack se deslizaban hacia arriba por los muslos y por la espalda, acercándola bien pegada a él. Sus besos eran urgentes, juguetones. Ella le quitó la camisa, y había algo en la manera de besarle así, tocándole la piel con las manos, que hizo que se sintiera temeraria. Las manos de Jack desabrochaban el vestido para acariciarle la espalda.

Britt echó la cabeza para atrás para darle acceso al cuello, arqueándose mientras su boca encontraba la garganta. Todo, incluso el roce de sus propios pendientes contra la piel la excitaba cuando estaba con él. Cada lugar que él le tocaba parecía que tenía fuego, pidiendo más.

Britt le cogió la mano mientras él recogía el pelo que se le había soltado. Sujetándole la muñeca, con la lengua trazó la línea de la flecha tatuada ahí. Pasó mucho tiempo besándole la muñeca, la parte de atrás de la mano, la palma. Cogió el pulgar, se lo metió en la boca y lo chupó. Él frotó el labio superior y le besó la mejilla. En poco tiempo, Jack tenía las piernas de ella alrededor de su cadera. La levantó y la tumbó en el sofá, con una sonrisa en los labios. Puso su frente contra la de ella, y ella podía sentir su respiración agitada

contra la piel, podía percibir el brillo del sudor en el cuello y los hombros. Le encantaba verlo sobre ella, aceptando el peso de él encima de ella. Britt estiró los brazos sobre la cabeza lánguidamente y le sonrió. Él le mordió los labios, coqueteando hasta que ella le cogió la cabeza con las manos y le puso la cara cerca de la suya para un beso más profundo. Ellos se besaron y se tocaron, coqueteando uno con el otro hasta que él le quitó por completo el vestido, dejándola desnuda excepto por un la ropa interior de encaje.

– ¿Puedo? –dijo levantando una ceja y con los dedos sobre la ropa interior.

–Sí. –dijo ella.

Con un suave movimiento, le quitó la ropa interior. Ella hizo un sonido, un pequeño gemido, como si siempre hubiera querido que él le quitara la ropa, como si el acto fuera tan erótico como urgente. Nunca en su admitida y limitada experiencia ningún amante había llevado a cabo el quitarle la ropa con tanto deseo. Le chocaba que pudiera provocar deseo en un hombre como Jack. Ella esperó a que él se quitara los pantalones, para posicionarse entre sus piernas y cogerla. Ella esperó ahí pacientemente, con el pulso finalmente desacelerando. Él simplemente estaba allí arrodillado, mirándola. Ella estaba en proceso de darse cuenta. ¿Había dejado restos del autobronceador? ¿Era tan obvio que no iba al gimnasio más de una vez a la semana o que comía muchos carbohidratos?

Incómodamente empezó a retorcerse bajo su mirada, hasta que se sentó.

–Al fin.

– ¿Qué?

–Estaba esperando a que vinieras tú a mí. Pensé que nunca lo harías, Britt. No quiero que te entregues a mí. Quiero que necesites esto, también.

Aliviada, enrolló los brazos alrededor de su cuello y levantó la cabeza para besarle. Él sonrió, esperando a que los pocos milímetros que les separaban desaparecieran y le besara. Cuando

al final se separaron para respirar, ella se colgó de su cuello, con la cabeza apoyada en el hombro.

–Estaba equivocada. Pensaba que quería a alguien en el que pudiera depender, una cita permanente. Creo que alguien como tú es lo que de verdad necesito, alguien que me rete, que me haga pensar, que me haga intentarlo...que me haga quererlo.

–Quiero ser tu amante, Britt. No solo hoy. –dijo él con franqueza, y sus ojos se abrieron.

Ella veía el enfoque de su mirada, podía sentir el calor saliendo de su piel por lo cerca que estaba de ella. Era todo lo contrario a Kevin. No era un hombre que presumiría en cenas de negocios o quedaría con ella para ir al cine un viernes por la noche. Él era un hombre que quería llevarla a India, que le cantaba y que hacía que se mareara con los diez o quince proyectos que él iba a hacer con su impecable energía y entusiasmo. No era fácil o sin complicaciones. Él era mejor.

–Parece que tengo un amante. –dijo ella con una sonrisa. – Suenas tan europeo, tan sofisticado.

–No soy europeo, pero lo haré lo mejor que pueda. –dijo él.

–Quiero ver lo mejor de ti. Si lo que ya has hecho no es lo mejor, puede que necesite un médico. –

bromeó ella.

–Quiero que me mires maravillada, que sientas como un hombre puede darte tanto placer.

–Trabajaré mi expresión de estar maravillada.

–Te prometí que no me iba a propasar contigo. Puedes sujetar a un hombre por sus promesas. –

vaciló él, levantándose.

–Espera, ¿estás rechazando tener sexo conmigo, Jack Fitzsimmons? –preguntó ella. –Porque eso es estúpido y molesto.

– ¿Así que me dejas que no cumpla la promesa?

–Te suplico que no la cumplas. Ahora demuéstreme lo que sabes hacer. –ronroneó ella.

Jack la cogió en brazos y la besó, con la cabeza apoyada en su brazo y sus labios buscándole.

Abrazándola contra el brazo del sofá, él se bajó los pantalones sin soltarla de sus brazos, de su beso.

Él le habló sin palabras, con nada más que la salvaje necesidad de su miembro contra el de ella, entrando y saliendo de ella, deslizándose y empujando. Empezar una relación, pensó ella. La besó en la frente, en la mejilla, en la barbilla con tiempo para las penetraciones, tan suaves, hasta la última que fue poderosa. Ella estaba palpitando y no se pudo contener en el clímax. Agarrándole con los brazos con los ojos fijos en los de él, se apartó, dándole por acabado. Cogió su cara y le besó el labio inferior suavemente, con persuasión, hasta que él se liberó. En vez de dejarla irse, dejar que se tirara en el sofá de nuevo, Jack la acercó más a él, apoyando su cabeza en ella, en su hombro. Britt le acarició el pelo, mojado por el sudor, y le besó la sien.

–Seis cientos por cien –dijo ella con una risita.

Él la puso en pie y le besó la mejilla sonriendo. Jack se vistió rápidamente y Britt intentó alisar su enmarañado pelo y encontrar su vestido. Se lo metió por la cabeza y miró con una punzada de remordimiento a su ropa interior rasgada. No tenía un par extra con ella. Localizó sus zapatos y se sentó en el borde de la silla para abrochárselos.

–No te vayas. –dijo él. –No pretendía que te vistieras tan rápido, Britt. Es solo que era un poco raro para mí ir andando por ahí con los pantalones por los tobillos. –dijo él poniendo una mano sobre la de ella mientras intentaba abrocharse el zapato. –Me gustaría que pasaras la noche conmigo, si quieres.

–Creo que es...demasiado pronto para eso.

–Yo dormí en tu casa.

–No es por sonar como una fulana pero eso fue cuando eras un extraño, no el hijo de mi jefe y mi compañero de trabajo. Está bien ir a cenar contigo pero quedarme a dormir en tu casa me

parece...demasiado. Como que estoy intentando reclamarte o algo. Como anunciar que nosotros...

–Te he pedido ser tu amante, he intentado persuadirte de que abandones el país conmigo. No voy a intentar fingir que esto no ha pasado nunca.

–Pero tampoco hay necesidad de anunciarlo. Es un poco extraño para mí, quedarme a dormir con el hijo de Phil Fitzsimmons.

–Entonces no pienses en mí así. Piensa en mí como Jack, el tío del Tamarind, el tío que se inventa historias de barcos. –él se encogió de hombros como si no fuera un problema tan grande.

–Para mí, esto es grave. Yo no voy por ahí haciendo esto, recogiendo tíos y follando con ellos.

Quiero decir, dormía con Kevin pero estuvimos juntos mucho tiempo, y no era lo mismo.

– ¿Lo estaba haciendo mal? –Jack parecía serio, pero en el borde de su boca salió una sonrisa, y ella tuvo que aguantarse para no reírse.

–No mal, necesariamente. Pero desde luego no lo hacía...bien. – fue capaz de decir seria.

Sus ojos azules la miraron fijamente.

– ¿Te quedas a pasar la noche conmigo?

Capítulo 18

Britt sonrió.

– ¿Quedarme contigo?

La oferta era excitante e intrigante. Mariposas le aleteaban en el estómago al pensar en sus besos.

–Sí. Puedes ir a trabajar conmigo. Piensa en lo práctico que es, ahorrar dinero en gasolina así. –

bromeó él.

No era buena idea. Tenía que pensarlo racionalmente.

–No tengo ropa de cambio. No puedo.

–Si esa es la única objeción estoy seguro de que puedo encontrarte algo para que te pongas. ¿Has dicho alguna vez que estabas enferma? ¿Trabajar desde casa?

–Nunca.

– ¿Y si nos quedamos en tu casa? ¿Estarás más cómoda? Es donde tienes la ropa, después de todo.

Aunque no sería mala idea traer algunas cosas aquí también.

–Eso es ir rápido. Hemos salido una vez, Jack. No voy a traer cosas a tu armario.

Ella le miró y se mordió el labio.

– Tienes dudas de mí, ¿verdad? –dijo él.

Ella negó con la cabeza.

–Es todo un lío. Dormí contigo la noche que nos conocimos. Te eché a patadas. Tu padre se queda con la empresa en la que trabajo, ahora cenamos y acabo en el brazo de tu sofá. No es la manera en la que tendría que ser. Está fuera de control, y no es algo con lo que esté cómoda.

– ¿Quieres que dejemos de tener sexo? –preguntó él.

¡Dios, no!

–No, eso es estúpido. No podemos fingir que no lo hayamos tenido ya...estuvo muy bien, de hecho. Es solo que, no sé. Soy muy rígida para esto, demasiado tiesa. No me puedo tirar al hijo de mi jefe.

–Pues, entonces, no lo hagas. Fóllame a mí. –dijo él suavemente, inclinándose para besarla.

Ella acercó la cabeza y dejó que la besara, dejando que entraran olas de calor en ella de nuevo.

Las manos de Jack la presionaban más cerca y la cogió de nuevo sobre su regazo. Con la punta de los dedos, trazó la forma de la cara, y su boca se movió hacia el cuello.

–No te alejes de esto. –dijo él, sus ojos oscuros eran una droga de pasión, con pupilas dilatadas.

–Quiero alejarme, al menos creo que quiero. Pero no puedo. Me acobardo cuando me tocas.

–No me dejes llevarte a la cama si vas a huir.

–No lo voy a hacer. No creo que pudiera...–y se puso cómoda para besarle y todas las protestas se hundieron bajo el repentino ataque de su lengua. Ella se fundió con él, sin querer apartarse, nunca.

Cuando las manos de Jack encontraron sus pechos, los pezones se endurecieron, empujando la seda del vestido mientras él los masajeaba hacia dentro y hacia fuera y hacía que ella gimiera. Él se metió el pezón a través de la tela en la boca, caliente y húmeda. Ella echó la cabeza hacia atrás, con las manos agarrándole el pelo. Calientes rizos de suave deseo que le pasaban por toda la piel, y cuando él se apartó, ella frunció el ceño tan consternada que él casi se rio.

–Quiero llevarte a la cama. Pero quiero hacerlo bien esta vez. –dijo él, y sonó como a una promesa.

Jack la guio a través del comedor pasando por el vestíbulo hasta su dormitorio. No era la habitación decorada en gris y blanco que había imaginado, pero podía decir que era la habitación de un hombre adulto y sexy. La cama, una pesada escultura de cuatro postes, era enorme y dominaba la habitación. Las persianas a medida eran del mismo tono oro de la cama. Una chimenea de piedra estaba en frente de la cama, y el escritorio no tenía papeles, sino un decantador de cristal con un líquido ámbar y vasos. Él la

llevó hasta el escritorio, la sentó en la silla de cuero y le echó una bebida. Su corto vestido se había subido en el camino hacia el dormitorio, así que tocaba con sus partes desnudas el frío cuero. Le dio una alegría sensual rozarse contra él. Bebió el whisky que él le había dado y dio la bienvenida a una quemazón de pimienta en la garganta.

Él se inclinó para encender un fuego en la chimenea y al encender el gas y hacerlo más fuerte, unas llamas naranjas ondeaban y crujían casi instantáneamente. Así es como lo hace conmigo, pensó ella un poco embarazada, qué rápido hace que note fuego. Ella se retorció en la silla entre el deseo y la vergüenza. Los ojos de Jack se fijaron en su regazo, en el estado de su vestido, y él negó con la cabeza. Le puso una cálida mano sobre su barriga, y ella se avergonzó ante eso. Sus dedos fueron bajando hasta que estuvieron entre las piernas, donde ella estaba ya húmeda. Él la tocó, separó los labios, acariciando sus partes sensibles. Ella se mordió el labio inferior para suprimir un gemido. La mano de Jack estaba en su cuello y con ella la acercó para besarla, sin dejar de hacer lentamente con los dedos una firme exploración. Él dejó de besarla.

–No te muerdas el labio. Quiero escucharte. –le susurró y se arrodilló ante ella, apartando los muslos con las manos. Él le sonrió, y ella pensó que se iba a desmayar cuando él puso su boca en ella, chupando y lamiendo. Enganchó las piernas de ella sobre sus hombros y le sujetaba la cadera mientras ella se revolvía y retorció. Ella estaba gimiendo, gemidos que empezaban en lo profundo de su garganta. Él paró cuando ella estaba justo a punto de correrse. Retrocediendo, él negó con la cabeza. Era tan guapo a la luz del fuego, con esa media sonrisa pícara.

–A la cama. –insistió él, cogiéndole la mano y besándola. Jack la llevó a la gran cama y se quitó la ropa de nuevo. –Te quiero entre mis sábanas, Britt. Quiero tenerte tumbada en mi cama. Quiero que sepas que eres mía.

Sin una palabra, ella le cogió la cara y le empujó hacia abajo para besarla. Ella se mordió el labio, le tiró fuerte del pelo, con las piernas retorciéndose a su alrededor posesivamente. No se había tomado bien la interrupción y estaba obligada y decidida a recuperar el orgasmo que él había parado.

La primera cosa que hizo para recuperarlo fue cogerle la mano y ponerla entre sus piernas. Él metió un dedo dentro de ella, acariciando con el pulgar por fuera, un movimiento rápido y practicado que la dejó a punto de nuevo en poco tiempo. Él metió otro dedo, llenándola de placer mientras la acariciaba hasta que ella ansió acabar. La boca de Jack se cerró sobre su pezón a través de la seda, mordiéndolo y agarrándolo con los dientes. Ella gritó una vez mientras se volvía loca con sus manos.

Sus músculos interiores palpitaban alrededor de los dedos mientras él sentía que ella se corría. Él la besó. Ella aún estaba temblando por las palpitaciones de placer que le invadían, y él seguía besándola, con la lengua en su boca sin aliento.

Jack la empujó hacia las almohadas de la cama y quitó la colcha, deslizándola entre sus suaves sábanas doradas que estaban frías y resbaladizas contra su sensible cuerpo. Ella le alcanzó con los brazos, y él la empujó más cerca, la puso pegada a su cuerpo desnudo, magnífico y musculado, y la meció contra él para darle confort. Ella no quería confort. Ella quería más. Se levantó, se quitó el vestido y se sentó junto a él de nuevo, desnuda otra vez. Las manos de Jack fueron hacia sus pequeños pechos y los acarició. Casi instantáneamente sus pezones se endurecieron, poniéndose puntiagudos y alargados, casi con dolor, con sus caricias. Sentándose a horcajadas sobre él, ella le metió un pezón en la boca, para que lo acariciara con los labios, hasta que él los abrió y lo chupó con su lengua de terciopelo. Mientras, con las manos, le tocaba el otro pecho, pellizcando el otro pezón hasta que ella sintió golpes de placer entre sus piernas, sin pedirlo.

–Di que te quedarás toda la noche. –insistió él contra su carne. Ella asintió, agarrándole del pelo mientras daba sacudidas contra él.

–Di que llamarás diciendo que estás malo. –le retó ella. Asintió él sin soltar el pezón de la boca. –

Di que nunca pararás.

–Nunca pararé. –dijo él, dándole un beso apasionado. –Nunca pararé. –repitió él, haciéndole el amor.

Horas después, él encontró su teléfono y mandó un mensaje diciendo que no estaría en la oficina esa mañana. Le besó la frente a Britt.

–Les he dicho que tú también estabas mala. –sonrió.

– ¿Y por qué no les has anunciado que nos vamos a pasar el día en la cama?

–He pensado dejar la descripción al boletín informativo de la empresa. –dijo él. – ¿Tienes hambre o necesitas dormir?

–Necesitó dormir. –murmuró ella, metiéndose de nuevo entre sus brazos.

Jack echó la sábana sobre los hombros y puso su barbilla sobre el pelo de ella con un suspiro.

Capítulo 19

Britt se despertó sola en una amplia y opulenta cama. Se puso una mano sobre la cabeza, preguntándose al principio dónde estaba. La bebida no le había dejado resaca, pero otra noche con Jack, sí.

– ¿Qué he hecho? –murmuró, estirándose y notando que estaba un poco dolorida.

Britt se tropezó en el baño y se metió en la ducha con agua muy caliente. Se frotó con una esponja de lufa y usó un exclusivo artículo de baño de Bulgari, del que salían olores de té blanco y sándalo, según el bote. Se sentía más limpia, menos avergonzada. Peinándose el pelo, se paró delante del armario enorme y eligió algo para ponerse: una desteñida camiseta del fondo del armario que estaba colgada en la sección de trajes, camisas, vaqueros y abrigos, organizados por estación y color. La camiseta publicitaba un bar en Nueva Zelanda, uno de los que había debido visitar. Era suave, estaba desgastada y le llegaba casi por las rodillas. Cogió unos calcetines de los cajones del armario, y al no encontrar nada que pudiera pasar por ropa interior femenina, cogió unos calzoncillos que al menos cubrían todo. Se sintió aliviada al ver que no tenía ropa interior de mujer de exnovias. Se peinó el pelo mojado y deseó parecer un poco más glamurosa y menos avergonzada cuando le viera. Si es que él estaba allí.

Tenía un vago recuerdo de haber llamado diciendo que estaba enferma. Se fue a la cocina, guiada por el profundo deseo del café que olía. Encontró café negro y amargo y una taza y empezó a engullirlo. Con una sonrisa de satisfacción, se dispuso a encontrar a Jack. Después de buscar por el salón, tres habitaciones más y no sé cuántos baños, lo localizó en la oficina. Él estaba en el escritorio, mirando al portátil y murmurando para sí mismo. Miró para arriba cuando ella entró, se quitó los cascos y le besó la mejilla distraídamente.

–Buenos días. –dijo él.

–El café está genial. –dijo ella sin tener nada mejor que decir.

–Bien. –dijo él, y volvió a fijar los ojos en el diseño de la pantalla del ordenador.

–Estás trabajando, así que mejor me voy. ¿Te importa que te haya cogido esta ropa?

–No, está bien. Dame un minuto para acabar con esto y estoy contigo. –dijo él rápidamente, se puso de nuevo los cascos y volvió al trabajo.

Britt se escabulló de la oficina, sintiéndose totalmente fuera de lugar. Anduvo por ahí y encontró el mando de la tele, pero no pudo encontrar la televisión, así que se rindió y sacó su teléfono. Nueve mensajes de Marj, todos con exclamaciones y adivinanzas sobre lo que ella y el hijo del jefe estaban haciendo en sus días libres. Poniendo los ojos en blanco, decidió no contestar. Sabía que serían el cotilleo de la oficina. Tenía que haberlo pensado mejor cuando decidió pasar la noche con Jack y hacer novillos al día siguiente. Aunque hacer novillos había sonado mucho más divertido, mucho más travieso que beber café en su cocina sola. Rebuscó por los armarios y encontró un montón de quínoa y col pero no mucha comida que considerara comestible. No había cereales, ni galletitas. Se tomó un yogur haciendo muecas. Era menos como la leche y más como un yogur caducado.

Caminando de un lado a todo con un remordimiento que iba en aumento, cogió el vestido y se puso los zapatos. Decidió que era más ridículo ir descalza por la ciudad que llevar tacones de aguja con calzoncillos prestados, así que se los puso con determinación.

Le estaba escribiendo una nota, educada pero firme, de que se iba y agradeciéndole haber pasado un buen rato, cuando apareció de la oficina.

– ¿Qué pasa? –preguntó él.

–Me voy a casa. Tengo que...hacer la colada. –acabó débilmente.

–Yo voy al gimnasio. Deja que te lleve. –dijo él sin protestar. Ella sintió que se hundía. Él no la quería ahí. Jack, como ella, se había dejado llevar por el momento la noche anterior. No tenían mucho de

lo que hablar a la luz del día. Él estaría contento de que se fuera, y ella sospechó que sentía lo mismo. Avergonzada pero aliviada de irse a casa, se puso el vestido sobre los hombros y le siguió al ascensor.

Él fue amable pero lejano en el viaje hasta su casa. Dijo que la llamaría más tarde y ella asintió sin esperar que eso de verdad pasara. El cambio en su actitud era tan grande que ella se preguntó si había sido demasiado fácil y había echado a perder la diversión por conseguirlo o algo. Su mente buscaba razones para su comportamiento en las revistas de mujeres, pero seguía apareciendo el hecho de que él la quería en su cama, no en su vida. Esa era la verdad, y ella estaba dolida por ello, pero lo entendía. Habría sido mucho más fácil si no hubiesen tenido nada. Cortar ahora su aventura antes de que nadie hiriera sus sentimientos sería lo mejor.

Capítulo 20

Jack llamó a su puerta y cuando ella contestó, él iba con pantalones cortos del gimnasio, una camiseta blanca mojada y ceñida al pecho y el pelo mojado.

–Tengo una conferencia telefónica en unos momentos. Solamente quería saber si estabas bien.

– ¿Por qué no iba a estarlo? –preguntó ella, intentando no babear por su cuerpo de gimnasio.

Podía oler su sudor, salado y fresco.

–Porque te he traído y estabas callada. No he podido dejar de pensar en ti en el gimnasio.

–Debería estar en el trabajo. Cogermelo el día libre ha sido un error. –ella solo se cogió el día libre porque pensaba que lo iba a pasar con él.

Le sonó el teléfono.

–Esa es tu conferencia telefónica. –dijo Britt.

–Tengo que cogermelo. Te llamo luego.

Ella sonrió.

–Vale. Que tengas un buen día.

–Tú también.

Él se debía de sentir culpable. Le dijo que se cogiera el día libre y luego no había querido pasarlo con ella. Y debía de haberlo reflexionado en el gimnasio. Quizá se sentía mejor al saber que ella iba a ir a trabajar y que no iba a pasar el día sola.

A pesar de las protestas por la colada, Britt se vistió y se fue a la oficina. Se mantuvo ocupada y no habló con nadie a menos que fueran a su cubículo con alguna pregunta. Su teléfono, que normalmente estaba en un cajón, estuvo en el modo silencio durante horas, abandonado en el escritorio sin una sola llamada o mensaje de Jack. Pasó mucho tiempo mirándolo, pensando en todo lo que le había dicho la noche anterior. El deseo había nublado su juicio, razonó ella. Nunca, desde la universidad, había hecho o escuchado tantas protestas de deseo, o romance o sentimiento que eran verdad solo en el momento de pasión. Ella se había creído

esas palabras la noche anterior, sintiéndose más vulnerable, más inocente de lo que se había imaginado. Él no había creído en nada de lo que había dicho. No quería ser su amante, o llevarla a la India o cambiar su vida a mejor. La quería para una noche y había dicho lo que necesitaba para hacer que pasara. No era un monstruo, pero tampoco era un príncipe.

Britt cogió sus cosas y se fue a casa esa tarde sin saber nada de él. Se comió una bolsa entera de palomitas de microondas mientras veía uno de esos programas de vestidos de novia. En silencio y decepcionada, preparó su ropa para el día siguiente y se sentó en la cama pensando lo lamentable que era. Lo último que necesitaba era otro hombre que la hiciera miserable, pensó ella. Kevin la había dejado, pero nunca le había anhelado de esta manera. Jack le hacía desearle. El recuerdo de Jack, no solo de su cuerpo, sino de la manera en que hablaba de los lugares que había visitado, la caridad del restaurante, todos sus proyectos. Él era cándido, interesante y absolutamente magnético. A ella le atraía cada parte de él. Excepto la parte que se había olvidado de que ella existía, probablemente porque estaba siendo atendido por supermodelos mientras ella estaba intentando averiguar cuántas galletas se había comido. Creía que seis, pero estaba segura de que era alguna más.

El teléfono de Britt se iluminó y vibró. Ella miró la pantalla y vio que aparecía el nombre de Jack.

– ¿Sí? –dijo ella intentando mantener la esperanza en su voz.

–Estoy en tu edificio. ¿Puedo subir?

–Vale. –dijo ella, rota. Estaba dudosa después de su día de soledad e inquieta por dejarle subir, pero la necesidad de verle era más poderosa.

Ella no corrió hacia la puerta, sino hacia el espejo, y se cepilló el pelo, echándolo para atrás con esmero, y dudando si ponerse un poco de sombra en los ojos. Finalmente, se puso algo de máscara y se dirigió a la puerta. La abrió, justo después de que llamara y sabía que era muy obvio que había estado esperando detrás.

–Lo siento. –dijo él.

Jack le dio un ramo de lirios.

–Son blancos como el Taj Mahal, Britt. Pensé que me perdonarías si te traía algo bonito. –admitió él.

– ¿Perdonarte por qué? –e intentó sonar indiferente.

Britt se echó para atrás, puso las flores en la mesa y le dejó pasar.

–Necesito hablar contigo. –dijo él, echándose el pelo para atrás con la mano.

–No tenemos que hablar de nada, Jack. –dijo ella, sin ser antipática. –Está bien si has cambiado de opinión sobre...sobre mí.

–No lo he hecho. Pero mi situación ha cambiado. –dijo él, sentándose en el sofá.

– ¿Va todo bien?

–Sí, es bueno en realidad, pero en un mal momento. El proyecto de software del que te hablé de un amigo, ¿recuerdas? Hay una empresa en Hong Kong que lo acaba de adquirir y quieren que me una para entrenar al personal.

– ¿Te vas a Hong Kong?

–Sí.

– ¿Cuánto tiempo?

–Un mes, probablemente. Quizá algo menos si me las apaño, pero...no es un buen momento para mí irme y que afecte a lo que tú y yo hemos...

–Ni lo digas. Hemos follado un par de veces. No es como si estuviéramos en el instituto, y tú te fueras a la guerra, Jack. Vamos a dejar de dramatizar. Digamos que simplemente nos hemos divertido y tú tienes un viaje de negocios.

– ¿Nos hemos divertido? –dijo él, con la voz fría. –Yo te iba a decir que podíamos hacer Skype y mandarnos emails para mantener el contacto, intentar estar juntos en la distancia, pero si simplemente ha sido diversión para ti, no importa. –dijo él levantándose.

–Simplemente creo que no es buena idea. Es mejor dejarlo así. No es que fuéramos en serio. –dijo ella a la defensiva.

–Te veré por aquí a la vuelta, entonces. –dijo él.

Sus bonitos ojos oscuros parecían tristes. Ella se preguntó si le habría herido al decir que se habían divertido. No había manera de que él estuviera tan unido a ella ya...era un tío después de todo.

Su experiencia le dijo quizá, de forma machista, que solo las mujeres desarrollan sentimientos rápidamente, que los hombres tenían que ser persuadidos antes de admitir una emoción. La evidencia era clara. Él se iba del país, que era una fuerte razón por la que no iban a estar juntos.

–Que tengas buen viaje. Estoy segura de que tendrás aventuras en Hong Kong.

–Es un sitio bonito.

–Tengo tu camiseta y lo que te cogí. –dijo ella desanimada.

Britt cogió la camiseta doblada y los calzoncillos del cesto de la colada y se los dio, de alguna manera reacia a devolvérselo.

–Imagino que querrías tenerlo ya que probablemente compraste esta camiseta como suvenir en Nueva Zelanda...

–Nunca he estado allí. Mi hermano tiene este bar. Me mandó la camiseta al poco de abrirlo.

– ¿Tienes un hermano?

–Sí.

Ella sonrió.

–De todos modos, aquí está la camiseta.

–Quédatela.

– ¿Estás seguro?

–Sí.

–Gracias. –dijo ella irónicamente, llevándose la camiseta hacia el pecho, aliviada y triste a la vez por quedársela.

–Bueno, pásalo bien, entonces. –dijo él con un suspiro y le ofreció la mano.

–Sí. –contestó ella, con la voz un poco temblorosa. Ella le cogió la mano y la estrechó por un momento.

Jack le besó la mano. Pasó tan rápido que ella ni siquiera estaba segura de que lo hubiera hecho, excepto por el distintivo cosquilleo

en su piel, donde los labios le habían rozado. Después, él se fue.

Ella se quedó sujetando su camiseta, mirándose la mano como una loca. Puso la mano en la puerta y cerró los ojos.

Después de unos minutos de paseo enloquecido, puso la camiseta sobre la mesa de la cocina y bajó las escaleras para recoger el correo. Miró el sobre acolchado de su buzón. De vuelta en el apartamento, lo puso en la cama con cuidado como si fuera algo frágil en vez de un pedido de Victoria's Secret. Era absolutamente humillante.

Britt marcó el teléfono de Jack.

–Escucha, he hecho algo estúpido, que no es tan raro en mí, pero quería que supieras que básicamente tenías razón sobre mí.

– ¿Qué?

–Que soy una completa hipócrita y protesto todo el rato sobre que no quiero estar contigo y luego actúo al contrario. Ves, lo pensaba así, que Kevin me dejó y tú me encontraste como si me hubiera arrastrado a tu orilla.

– ¿Mi orilla?

–Quédate conmigo en esto. Merece la pena. Puede que nos lleve mucho tiempo, pero merece la pena.

–Vale. Confío en ti en esto. –dijo él.

–Esto no es algo que me ocurra a mí normalmente. Me levanté, me acerqué a ti, te pregunté que si querías cenar conmigo y básicamente te perseguí. Quería tu atención. Te pregunté cosas todo el tiempo, para mantenerte hablando. Pensaba en ti todo el tiempo.

– ¿Todo el tiempo?

–Tengo este sobre...he ido a por él justo después de que te marcharas y debería de poner MENTIROSA por todo el sobre. Pedí toda esta ropa interior sexy porque quería que le vieras y que te gustara y que quisieras tener más sexo conmigo. Nunca me compré ropa interior con lazos negros cuando estaba con Kevin. Una noche contigo y ya estaba quemando mi tarjeta de crédito esperando otra noche contigo.

–Me tomaré eso como un cumplido.

–Tengo todo esto y necesito devolverlo, lo sé. Te vas a Hong Kong, y he sido una gilipollas con eso. No es que la ropa interior vaya a hacer nada pero...vuelve, ¿vale? Intentaré ser menos estirada con lo que sea que estamos haciendo siempre que estemos juntos en esto.

– ¿Eso es una disculpa por el horrible “nos divertimos” de antes?

–Sí. Puedes considerarlo una disculpa. Siento haber dicho eso. Es mucho más que diversión.

Estuviste genial y yo no me podía decidir porque estoy preocupada por lo que la gente pensará.

–Dudo que la gente sea tan dura como lo eres tú contigo misma. Yo pensé al principio que eras una mujer que no pedía disculpas. Un tío te dejó, cogiste a otro mejor y disfrutaste de tu cena de aniversario de todos modos. Tu cita te dice cosas sobre tu corto vestido y tú jugueteas y te ríes, en vez de enfadarte. Eso me gusta. Lo que no puedo entender son tus cambios de opinión.

–Voy a intentar suavizar eso. Quizá trabajando en lo que me hace feliz en vez de en lo que DEBERÍA hacerme feliz.

– ¿No estuviste saliendo con el que debería hacerte feliz durante seis meses?

–Sí. Era malo en la cama y encima me puso los cuernos. Me regaló rosas por mi cumpleaños.

– ¿Qué hay de malo en rosas? Son un clásico.

–Son predecibles. Podía ver un futuro de rosas en los cumpleaños y los aniversarios y un bonito y sensato jersey cada navidad. Un crucero por el Caribe en nuestro 25 aniversario. Me pica solo de pensarlo.

– ¿El jersey o la idea del jersey?

–Simplemente la idea. Me sentía acorralada.

–Yo no estoy intentando acorralarte. Yo quiero que te liberes y que seas salvaje.

–Tengo ropa interior para eso. –se rio con nerviosismo. –Nunca había pensado en mí como alguien salvaje hasta que llegaste a mí.

Necesito un guía, directrices, si quiero tener éxito en lo de ser salvaje. ¿Me ayudarás? Así que mientras estés fuera... ¿me mandarás mensajes o me llamarás o algo?

–Todo. Sí. Me gustaría ver a dónde va esto. Tú y yo.

–Además de estar desnudos, quieres decir, ¿no?

–Nunca descartemos estar desnudos como una posibilidad. Somos muy buenos en eso.

–Mejor que buenos. –estuvo de acuerdo ella.

La tarde siguiente, Britt estaba ordenando recibos en su escritorio cuando su teléfono sonó. Era un mensaje de Jack.

–Aterricé en Hong Kong. Habría preferido aterrizar junto a ti.

Ella no pudo evitar sonreír igual que no podía resistirse a él.

–Cuando llegues a casa, te invito a cenar. Conozco un sitio donde los margaritas son la hostia. –

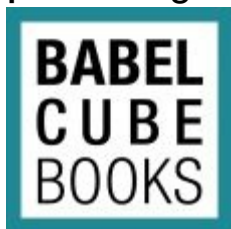
contestó ella con una sonrisa.

Continuará...

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!



¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com